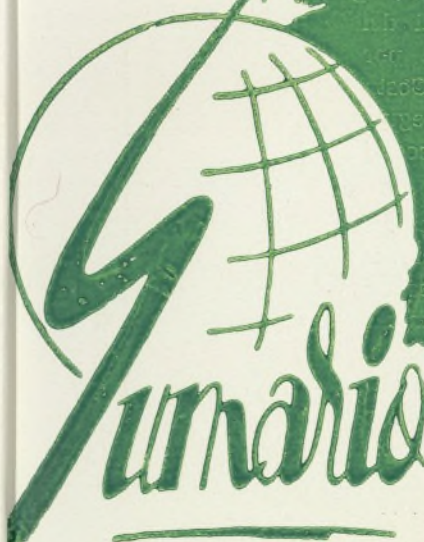


CENIT

sociología
ciencia — literatura



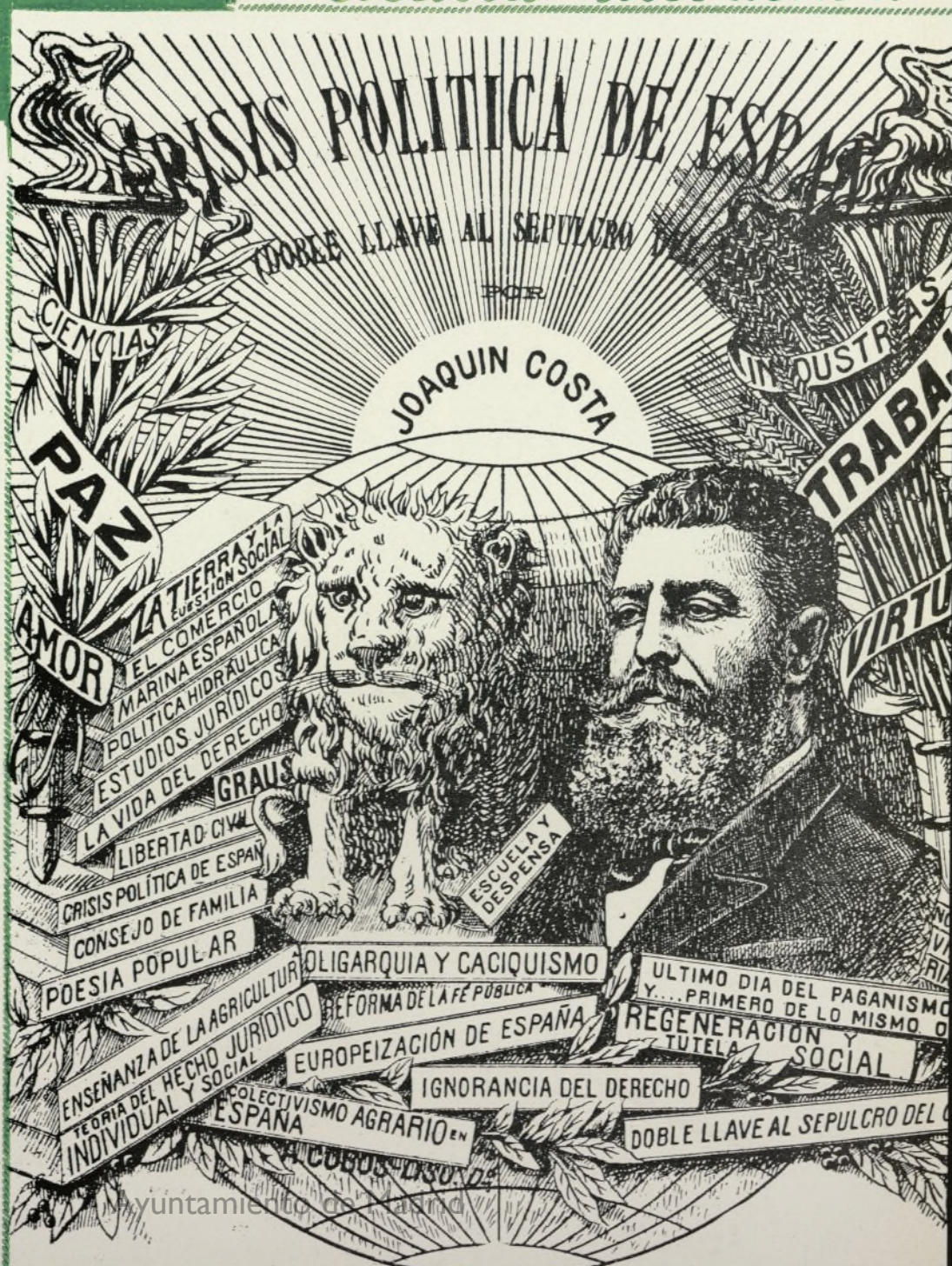
Editorial. — Ramón Liar-
te: Por el sindicalismo li-
terario hacia la justicia so-
cial. — Fontaura: Kropot-
kin, entre el pasado y el fu-
turo. — Carlos Rama: El Im-
perialismo inglés en la In-
dia del siglo XIX. — Aba-
rrategui: Manual del grano
de mostaza. — J. Guerrero
Lucas: La España universi-
taria. — E. Tierno Galván:
La reaparición de Spinoza.
— Severino Campos: Parla-
mentarismo y revolución. —
Floreal Ocaña: La Voluntad.
— Costa Iscar: Indagando a
Krishnamurti. — Cosme
Paules: Las huellas de un
peregrino. — Juan Minero:
Las multitudes y la idea de
Dios.

168

Enero - Febrero 1966

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.



NUESTRA PORTADA

JOAQUIN COSTA: el sabio infatigable y el hombre justo. Discípulo de Eliseo Reclus, la personalidad excepcional del genio anarquista; enamorado de la doctrina expuesta por Pedro Kropotkin, basada en el apoyo mutuo, Joaquín Costa fue el sabio que señaló el camino para llegar a conseguir la reconstrucción económica, cultural, moral y político-social de nuestro amado país.

Un español hasta el fondo de su médula. Europeo por su cultura y su visión de amplitudes inmensas. Internacionalista por convicción y sentimiento. Su obra portentosa es un testamento para reconstruir la España nueva de nuestras preocupaciones. Costa no creía en los milagros. Sabía perfectamente que el prodigio de la innovación general ha de surgir de la voluntad del pueblo. Desde su rincón de Graus, con voz profética y acento conmovedor, exclamaba: «Levántate, toma tu lecho y anda.»

Costa no fue un hombre de partido ni de secta. Su visión de España era más grande que todo eso. Para él, la revolución no sólo era necesaria, sino inevitable. ¡Ojalá que el pensamiento de este aragonés universalista sirva de guía y ejemplo a las nuevas generaciones obreras, intelectuales y campesinas, para que entre todos los hombres esforzados, podamos hacer de nuestra tierra despoblada y desmantelada, una sociedad habitable y justa, donde no haya lugar para el fantasma de la miseria y la incultura!

GENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarde

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Miguel Valdivieso, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XVI

Toulouse, Enero - Febrero 1965

N.º 168

EDITORIAL

¿Monarquía o República?

EN España no ha cambiado nada. Todo sigue igual. ¿De qué sirve correr? Lo importante es llegar a tiempo. El reloj de nuestra historia se ha parado en el bolsillo del tirano. Para eso escaló el Poder, para estancar la vida nacional. Las leyes de la evolución no cuentan. Las cosas están así. No hay ritmo. España es un erial. Nos ha tocado la desgracia de padecer la más estúpida de las tiranías: la dictadura de la desgana.

Adolfo Hitler fue un loco de atar. Sin embargo nadie puede negarle sus sueños de desmedida grandeza. El Tercer Reich era para él el delirio de los nibelungos. Selva negra en la noche fría y sin entrañas. Dioses de bronce haciendo la historia escrita con sangre humana. Forrada con la piel de los fusilados. Quiso hacer una Alemania fuerte y lo consiguió. No reparó en nada. Todo le era permitido. Como a todos los tiranos.

Benito Mussolini quiso volver a la antigua Roma. La violencia fue su arma. La inmoralidad su fin. La Italia de los centuriones constituyó su obsesión única. Era, la suya, una mentalidad corrompida. Lo tenía todo de la pantera. Imperar a costa de lo que fuere, fue su idea diabólica. En su haber de dictador hay obras llevadas a cabo sin tener en cuenta la pobreza del país. Era un dictador aparatoso, una estampa de fachada.

El sátrapa Trujillo fue un tirano de hierro. Hiena despreciable mordiendo por puro vicio en las carnes del pueblo. Su sadismo no ha tenido rival. En su gigantesca egolatría de pigmeo insaciable, llegó a creer que era más que el mismo Dios en persona. Pero tenía perfil de hombre malo, alma de matón.

José Stalin fue el tirano descomunal. Monstruoso en todo, pretendió hacer del comunismo una religión bestial. Quiso hacer de Rusia el imperio absoluto. Sus concepciones bárbaras le llevaron a forjar el despotismo militante. Sus zarpas de acero desconocían la menor sensibilidad. Para el verdugo de la estepa todo era imposición. Ganar la batalla sin la menor noción de los escrúpulos de conciencia.

Francisco Franco es un caso aparte en la historia de la zoología dictatorial. Parte del principio del sabio: nada hay nuevo bajo el sol. Las instituciones, la administración pública, las necesidades del pueblo, las leyes del progreso, la constitución física y cultural, las ambiciones de la nación que des gobierna, no le preocupan ni le cortan la respiración. ¡Que todo continúe como hace cinco siglos! El caso es tener el Estado en las manos. El tiempo no cuenta. La vida moderna carece de valor. Es el ideal más acabado de la petrificación barroca de la tiranía.

Sabe una cosa y ya es saber algo: que tiene que morir. Que sus días están contados. No se inquieta. ¿«El porvenir de la patria»? Eso son monsergas. ¡Que cada uno se las arregle como pueda! Con un dictador así, las clases feudales españolas están tranquilas. La oligarquía de la miseria puede dormir en paz. Pero..., no todos los pudientes de la vida nacional piensan de esta manera. Los más avisados y entendidos vacilan y tiemblan. Piensan, no sin razón, «que esto no puede seguir así»... Y no se equivocan. Ha de haber un cambio. Algo cruje en el inmenso tinglado de la farsa, o mejor dicho, de la desgana.

¿Cuál es el cambio que necesita España?

Ayuntamiento de Madrid

El dictador se encierra en su mutismo como la bestia harta de sangre. No tiene horizonte. Carece de futuro. Ya se las compondrán los españoles como deseen. Lo esencial para el dictador es dejar una página escrita en los anales de la vida del país. ¡Y qué página, por cierto! Una página repugnante donde solamente podrá escribirse: «Aquí yace quien enterró al Hombre.»

Y, España va hacia un cambio. ¿Monarquía, o República? ¿Directorio de Cuarto de Banderas? ¿República presidencialista con poderes semi-absolutos? ¿Prolongación del Movimiento sucediéndose a sí mismo por la Gracia de Dios o de quien sea? Tales son las preguntas que arquean como una hoz los hombres del poder, o los que al poder aspiran. Una cosa olvidan todos: que existe un pueblo gallardo dispuesto a manifestarse en el momento oportuno. La razón no está siempre agarrotada.

Con monarquía o república, lo que se pretende es que las viejas instituciones permanezcan intactas. Que el «orden» establecido no sufra alteración alguna. En pocas palabras: que todo siga igual. La sucia nobleza española, envuelta en sus pergaminos, no desea que se produzca el menor transtorno. El Ejército felón, sólo se preocupa del pesebre. Y la Iglesia católica se arrebujá como una vieja piojosa, llenando de baba al pobre y misero Jesús. Estas tres potencias, unidas en una clase única, la holganza y la desgana casadas con el fanatismo, no han evolucionado. Están resacas, roñosas, anquilosadas. De ellas no puede esperarse ningún cambio saludable. Ninguna postura digna. Es el milenio rezando con una espada en la mano y la bolsa de Judas por rosario. ¡Miserere!...

Si; en España hace falta un cambio profundo. De abajo arriba. Se necesita una transformación completa, una renovación total, que no sea totalitaria, sino intelectual y obrera. Nuestro pueblo necesita una nueva nobleza: la honradez del trabajo, el orgullo de la cultura, la instrucción virtuosa, la moral administrando los bienes generales. Precisa y exige nuestro país una seguridad en la paz interior y exterior, garantizada por los españoles dignos de tal apelativo, marchando mediante el desarrollo indefinido, hacia las mayores reformas técnicas, científicas e industriales. Verdadero ejército de hombres útiles que forjen la fuerza en el laboratorio, que hagan de la espada, una herramienta del trabajo, que saquen al país del lodazal donde se encuentra enfangado, y le enseñen a caminar por las vías anchurosas de la ciencia y el saber. España tiene necesidad también, de un nuevo apostolado que le recuerde lo que sabe de memoria y práctica cada día: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Pero que ese apostolado lo prediquen los hombres honrados y laboriosos. Los creadores de riqueza. No queremos más vagos que glosen las maravillas del trabajo, y que duerman después de haberse comido el pan ajeno.

En España hace falta una revolución que asegure la justicia social y el Derecho para siempre. No hay modo de evitar lo que se nos viene encima. ¿La hemos preparado nosotros? ¡No! Nos la dan prefabricada los que no han sabido ni querido hacer reformas parciales. Aquellos que odian a la inteligencia y desprecian el esfuerzo que a la vida ennoblece y dignifica. Nosotros no hemos tenido medios para preparar la revolución; pero nos la sirven en bandeja y hay que saber aprovecharla. Hacerla de tal manera que no se desnaturalice ni se corrompa.

¿Monarquía, o República?

Las clases gobernantes son las responsables de nuestra decadencia. El Pueblo es el único cuerpo que tiene el pulso seguro. Sólo él puede decidir y trazar la ruta de sus destinos. A su voluntad compete modelar las nuevas formas de vida. Hace falta obrar, hacer obras de provecho, en y contra todo lo estatuido. Liberar al hombre. Cultivarlo plenamente. Superar nuestra actual inferioridad. Enriquecer nuestra geografía. Vertebrar nuestras energías. Unir nuestras nobles querencias. Llevar a cabo, en suma, la revolución constructiva, que, no triunfará, mientras dejemos en pie, las instituciones y los métodos de decadencia que nos arruinan y rebajan. Hay que recuperar el tiempo perdido, marchando contra el reloj, para que nuestro pueblo esté presente en todas partes donde se dilucida el presente y el porvenir del hombre.

SERENA REFLEXION

*«Entre las cosas que siguen la corriente eterna
figuramos nosotros».*

AZORIN

Por el sindicalismo libertario, hacia la justicia social

Por RAMON LIARTE

El sindicalismo libertario es una doctrina y método de acción. Propicia y formula la igualdad político-social y económica para todos; que los medios de sostenimiento, de instrucción y educación estén al alcance de los seres humanos. Tiene como base esencial la presencia del hombre; busca un resultado concreto: el desarrollo consciente de la sociedad. Fieles a nuestra concepción voluntarista del progreso científico y humano, sabemos que una revuelta popular puede servir para derrocar las injusticias presentes; pero la transformación de la sociedad, el orden que nosotros propiciamos, es tarea gradual y ulterior que debe ser realizada por todos los hombres que forman parte de las organizaciones de trabajo. Una de las mentalidades más preclaras de nuestro siglo, Rodolf Rocker, nos ofrece un pensamiento sincero que no dudamos en copiar. Dice así: «Por medidas dictatoriales se puede aplastar a un adversario y suprimir violentamente resistencias incómodas, pero de ese modo no es posible producir pensamientos y estimular a los hombres a la acción creadora. Lo que se ha instaurado por la violencia brutal, puede ser destruido nuevamente por la violencia brutal. Perduración tiene sólo lo que se forma en el pueblo mismo, lo que madura lentamente y pasa a la vida práctica. Ese reconocimiento, que ha dado a nuestro movimiento un carácter singular, debería movernos hoy tanto más a aprovechar la ocasión que se nos ofrece por las nuevas circunstancias. Con discursos solamente no se avanza; hay que poner prácticamente las manos en la masa, si se quiere obtener algo provechoso.»

Nuestra doctrina tiene su expresión en la ayuda mutua; su fuerza de proyección se basa en el trabajo articulado racionalmente. Una teoría de amplios alcances sociales y revolucionarios ha de encontrar resistencia en las capas pudientes. Luego la lucha es cierta. Los demagogos y los precipitados han aprendido muy pocas cosas de nosotros. Gustavo Landauer supo precisar su pensamiento de una manera brillante cuando dijo: «El que no concibe el socialismo como una continuidad de la larga y pesada historia, no sabe nada de él.» Entre lo heredado y por crear, siempre existe un empalme. No hay esa ruptura completa que se produce en la pantalla cuando se ha terminado de presentar un episodio de la vida de los hombres.

Queremos alcanzar la justicia social y el derecho para todos, avanzando por el camino de la cultura y la libertad. Los pueblos desarrollados como Sue-

cia, pueden esperar pacíficamente los resultados de nuevas conquistas, ya que viven en la sociedad de la abundancia. No es el mismo caso el panorama que nos ofrecen la China popular, la India rezagada y numerosos países de la tierra. De la táctica de Mao a la de Nerhu, hay un abismo: una, es expeditiva como un rayo; otra, lenta como una noria movida por músculos esqueléticos. ¿Es acertada la estrategia china? En muchos casos, no. ¿Es humana la táctica india? Excesivamente humana. Cuando hay millones de seres que mueren hambrientos, desnudos, retorcidos como la carne entre los alambres, tal método de lucha es sublime, pero terriblemente duro. ¿Existe entre estos dos extremos un camino más viable a recorrer? Tales son las preocupaciones de todos los revolucionarios contemporáneos al presenciar la angustia de una humanidad que no logra liberarse de las garras de la miseria y la injusticia...

Y es que, en definitiva, son los grupos los que deciden, cuando deberían ser los hombres los que trazasen los cauces evolutivos o revolucionarios para ordenar su existencia. El hombre no es un ser perfecto ni mucho menos. Está formado por un conjunto de imperfecciones y virtudes que, alternándose entre sí, rigen la existencia compleja. Tratar de mejorar las condiciones morales, así propias como ajenas, debe ser el cometido permanente de cuantos anhelamos lograr nuevas metas de perfección y justicia general.

Con vistas al futuro debemos preparar la revolución de cada día, trabajando en beneficio del conjunto de la sociedad. El progreso de la ciencia, el avance técnico-industrial y el aumento de la producción, obligan a una nueva estructura de los métodos de trabajo y de la distribución de la riqueza. Los sindicatos obreros, cerebro y vehículo del esfuerzo asociado, deben pasar a ser la base ordenadora de la economía. El sindicalismo es la defensa de los intereses de los trabajadores; es la escuela del trabajo. Luego la clase obrera debe tomar las medidas necesarias para desempeñar el cometido que el progreso tecnológico le tiene asignado. Debe poseer los más altos conocimientos de la industria, la producción y el intercambio interior y exterior, para valorar y defender sus propias riquezas, apreciando todo cuanto se crea en el mundo que habitamos.

¿Por qué somos sindicalistas revolucionarios? Porque queremos forjar los instrumentos de liberación de la sociedad, al margen del Estado; porque rechazamos la colaboración con el poder instaurado

por la burguesía y el capitalismo; porque consideramos que las clases oprimidas nunca se liberarán mediante leyes y decretos redactados y aplicados por manos parasitarias y antieconómicas; porque no hemos heredado nuestros postulados del arsenal absolutista que todo lo determina de arriba abajo. Para nosotros, sindicalistas libertarios, lo que cuenta es el pueblo, cuerpo eterno en permanente evolución, no el Estado, organismo de lucro en petrificación constante, artificial y transitorio. Luchamos por la libertad y la emancipación del pueblo que está capacitado para regirse y administrarse por sí mismo.

En el presente como en el pasado, nuestro Movimiento es un cuerpo vital de acción directa, de ayuda mutua, de actuación coherente, de organización experimental y de moral puramente humana. Propendemos a garantizar los mismos derechos en base a las mismas obligaciones. La libertad y la responsabilidad son indivisibles de por sí; son ideas éticas que brotan de los sentimientos humanos, del pensamiento del hombre, y que no pueden separarse. Mediante la ligazón de estos dos conceptos podemos sacar el mayor provecho de las oportunidades, aplicando sus resultados a nuestros propios fines, que se basan en nuestra colaboración con las fuerzas laboriosas y creadoras en interés del conjunto.

Actualmente, todos los grupos, sectores y Estados se percatan de la importancia decisiva de la clase obrera, de la presencia determinante de las masas, de la eclosión del sindicalismo como fuerza decisiva en el mundo de los hechos. Pero una vez más, las fuerzas contrarrevolucionarias tratan de sacar el mayor partido de los acontecimientos, adulterando la misión para la cual el sindicalismo fue creado. A nosotros corresponde la obligación de demostrar que el sindicalismo es el motor de la revolución social, socialista y libertaria; que la igualdad económica y social sólo puede instaurarse mediante métodos y esencias netamente sindicalistas; que sabemos evolucionar de acuerdo con las corrientes del progreso, pero sin negar nuestro ideario; que queremos la emancipación de los seres humanos en el seno de los organismos naturales. Somos sindicalistas libertarios. Socialistas, mas no de partido, sino de proyección antiautoritaria y de amplio contenido universal. Nuestra revolución consiste en poner la ciencia al servicio de la moral; la riqueza en manos de quien la produce; la cultura en poder de quienes la cultivan y enriquecen; y el trabajo bajo la administración y dirección de los creadores de riqueza.

En esta hora de prueba cada uno debe ponerse a trabajar para conseguir el más alto nivel de vida cultural, económica y feliz. La idea-madre está lanzada. Hay que llegar al hombre y decirle nuevamente que en sus manos tiene la levadura para fabricar el pan del bienestar y la dicha colectiva. Un mundo nuevo nace: el mundo del sindicalismo y la libertad. Hay que alentar las nuevas transformaciones.

Imposible se hace poder negar la obra llevada a cabo por el sindicalismo en todos los países, hasta

en aquellos en los cuales el movimiento obrero ha perdido su personalidad independiente para ser fuerza manejada por el Estado y el capitalismo. Gracias a la obra realizada por el sindicalismo, se ha elevado el nivel de vida, se han obtenido mejoras considerables, se ha hecho del obrero un ciudadano que tiende a ser cada día más libre. El sindicalismo ha hecho más por la emancipación obrera que todos los partidos liberales o de izquierda juntos. Desde Chicago a nuestros días, la evolución de la clase explotada y oprimida es creciente. Ciertamente es que, para quienes aspiramos a una emancipación total de la clase obrera, estas mejoras nos parecen insignificantes. Mucho más si tenemos en cuenta lo que el movimiento del trabajo hubiese podido alcanzar, si no se alejara de sus verdaderos objetivos. La labor nefasta de los partidos ha hecho que el sindicalismo perdiera su fuerza de arrastre social, su auténtico sentido independiente. Es nuestro deber volver a las andadas y señalar una vez más cuál es el verdadero camino a seguir.

El sindicalismo ha cruzado situaciones borrascosas y difíciles. Su avance, empero, es inevitable. Hay que luchar para que nuestro sindicalismo adquiera la preponderancia que tuvo en mejores tiempos. Si tenemos las ideas básicas y los hombres esforzados e infatigables, ¿por qué no hemos de lograr nuestros propósitos? El sindicalismo parte de un principio decisivo: el cultivo de la profesión, la responsabilidad en la obra de cada día. «No descuidad las máquinas, porque un día serán vuestras», decían los militantes confederales catalanes a los obreros de la industria Fabril y Textil. Y ahora hay que manifestar: el municipio es la célula esencial de la sociedad; ciudad de los municipios, hasta conseguir hacer de ellos centros de resistencia económica, cultural y moral contra el caciquismo y el Estado.

El hombre lucha por su independencia; desea la libertad. El sindicalismo es contrario al centralismo parasitario porque todo poder concentrado degenera en la burocracia y el parasitismo. Otro tanto sucede al municipio que, por naturaleza, propende a federarse, protegiendo su autonomía, liberándose de poderes extraños. Los partidos dictatoriales gobiernan por la violencia, por el terror, y en los llamados países democráticos, los partidos se convierten en protectores de la usura estatal y capitalista, poniendo la economía al servicio de un programa o de una ideología. Entre el sindicalismo revolucionario e independiente y los partidos políticos, existen dos líneas de actuación que son completamente opuestas: los partidos quieren hacer las reformas desde arriba; el sindicalismo lucha y trabaja para transformar la sociedad desde abajo. Esta es, precisamente, su fuerza creciente y su razón de ser cotidiana. Una transformación realizada por cauces naturales, no necesita imposiciones. Prescinde de la violencia. Rechaza el concurso del despotismo. La revolución obrera vuelve a presentarse ante la vida para hacer la nueva historia.

Los militantes anarcosindicalistas somos los representantes de los grandes sistemas socialistas y sindicalistas revolucionarios. Socialistas como supo

serlo Fermín Salvochea, de proyección antiautoritaria y contenido universal; internacionalistas y antiestatales a la manera de nuestro maestro Anselmo Lorenzo, vigía y forjador de la Confederación; sindicalistas libertarios al estilo de Salvador Seguí; colectivistas como Ricardo Mella; es decir, comunistas libertarios como supo resumir el pensamiento de la C.N.T. a través de sus Congresos regulares y libres. Nosotros somos verbo y carne del pueblo; militantes de un movimiento de solidaridad y apoyo mutuo; defensores de la justicia y el Derecho. Una Organización predispuesta a trabajar con todas las fuerzas sanas de la sociedad cuando de servir a la clase obrera se trata, una colectividad que lucha por la triple emancipación de los desheredados, así económica, política como social, esa y no otra es, inconfundiblemente, la Confederación Nacional del Trabajo. Todo intento tramado con el fin de sacar a nuestra C.N.T. de sus verdaderos cauces, se asevera negativo. El que crea que todo puede hacerse desde arriba, sabe dónde puede encontrar su puesto. Quien sea sindicalista libertario, sabe cuál es su centro de trabajo y su puesto de combate.

El pueblo no es nunca una abstracción ni una quimera. Es una realidad viva, endurecida en la geografía, presente en la historia, caminando hacia su destino. El pueblo es la sociedad que trabaja, que siente y piensa en orden a conseguir el bienestar general. Es la vida misma. Hay que ser pioneros al servicio de los pueblos de España, de Europa, del mundo internacional. El socialismo se ha perdido al sostener y amparar el Estado. Si un pacto debe hacer el socialismo no es con la burguesía y el Poder, sino con el pueblo y las organizaciones del trabajo que son su norte y brújula, y, sólo se encontrará de nuevo, volviendo al pueblo de donde jamás debió apartarse, regresando a la sociedad que es su campo de acción y de trabajo, abrazando al hombre para indicarle la ruta segura de su emancipación. El hombre libre y afanoso de perfección contra la sumisión dirigida de las masas. El municipio dueño de sí mismo contra el Estado usurpador de las riquezas y creaciones ajenas. Los sindicatos técnicos, obreros, intelectuales y campesinos contra la explotación del hombre por el hombre. Este es el camino del socialismo con libertad, de cuyos principios no se desviará el sindicalismo revolucionario.

La lucha por una causa noble y generosa como la nuestra contiene muchos sinsabores, pero reserva indecibles satisfacciones. El combate por los demás es la base misma de la existencia para quien no quiere morir. Entregarse a una tarea de tan vastos quehaceres es vivir dos veces. No hay desencanto posible para el hombre de ideas, para el revolucionario consecuente.

En la lucha por la justicia social, unos caen en la brecha; otros desaparecen por cansancio y apatía. Pero siempre existen los que se incorporan al movimiento emancipador para pagar su tributo desprendido a la libertad. Vivir para los vencidos, solidarizarse con los derrotados de todas las encrucijadas, es la actitud más generosa del hombre de ideas. En la lucha, el hombre continúa siendo nuestro mejor hermano. Nuestros iguales comen el mismo pan, pisan el mismo suelo, labran parecidos amores. Hay que vivir para luchar. La libertad respira, vive, conspira en todo momento. El Derecho no muere, ya que la justicia le da aliento para respirar. Es inmensamente grande y placentero ayudar a los demás, hacer que la vida de los otros sea lo más agradable posible.

No lo desconocemos. Los vientos actuales son cegadores como el siroco. La lucha es amarga. Tiene pocas alegrías. El pan que comemos es amargo. En el campo de la emigración hay muchas ortigas. Pero todo llega cuando se sabe conquistar con tesón y consecuencia. Volveremos a pisar la tierra que es nuestra. Tendremos el campo libre para sembrar. Pronto podremos contar la presencia determinante del hombre, que saldrá de la cueva o de la casa cercada para darnos su mano y avanzar juntos por el gran camino. Una revolución justa como la nuestra, es inmortal. Y lo que no muere, alcanza la merecida victoria. Del esfuerzo más duro y desesperado brota una nueva creación que debemos hacer fecunda. ¡Aún hay hombres que saben mirar de abajo arriba!

Los estadistas señalan a una parte y dan en otra.
Los jueces tocan primero para oír después.
Los militares en vez de acabar las guerras las alargan.
Los prelados, gentes pobres que viven como ricos.

DE GRACIAN

Los estadistas señalan a una parte y dan en otra.
Los jueces tocan primero para oír después.
Los militares en vez de acabar las guerras las alargan.
Los prelados, gentes pobres que viven como ricos.

Kropotkin, entre el pasado y el futuro

por FONTAURA

SE ha dicho y repetido de muchas maneras: un ideal que tiene abierta senda de justicia hacia el porvenir, no debe, por ello, considerado como algo **inamovible**, a la manera de objeto fosilizado, expuesto en vitrina de museo. Todo cambia en la vida. Varían las circunstancias que originaron ciertas facetas en un modo de pensar determinado. Y si las circunstancias son otras, es de comprender que, resultante de ellas, varíe también, o deba de variar, la forma de enfocar un determinado objetivo.

Hay expresiones a las que suele darse interpretación de tono peyorativo que tal vez se justifique en antecedentes bien poco recomendables. Una de ellas tiene derivativo en la palabra «revisar», que en sí, no significa otra cosa que **volver a ver**, o bien **examinar**. Mas como sea que, al parecer, y deduciéndolo de experiencias vividas, el **reversionismo** ha tenido como consecuencia el **dar pasos atrás**, **frenar**, **tomar rumbo a la derecha**, en franca oposición al izquierdismo revolucionador, a la vanguardia progresiva de ahí que algunos afines con las ideas ácratas, cuando se percatan de que se hace referencia a lo de **revisar**, al deseo de **examinar**, piensan, y hasta vienen a decir: «¡Tate! ¡Desviacionismo tenemos! ¡Adulteración de principios en perspectiva! ¡Cansancio? ¡Mala fe? ¡Desconocimiento de las ideas?» Y así todo un repertorio de suposiciones gratuitas, que solamente puede justificarlas la buena intención, el amor al ideal, que ha inspirado tal desconfianza. Aunque sea, en cierto modo, un amor parecido al de la madre, que no ve los defectos del ser al que dio la vida, desprendiéndoselo de sus entrañas.

Stendhal alcanzó a definir de un modo lacónico la diferencia entre dos fundamentales modos de pensar: el **conservador**, y el **revolucionario**. El primero, se limita a decir: «Continuemos». En tanto que el segundo manifiesta: «Examinemos».

¿Por qué regla de tres el **examinar**, el **revisar**, el **rever** lo conocido, ha de ser precisamente, únicamente, y en todos los casos hacer marcha atrás? ¿Por qué no ha de ser a la inversa? ¿Por qué el analizar, el **revisar**, no ha de significar querer ir más allá, quitando lastre, fijando la atención en reminiscencias que no responden a la realidad que se vive; a la realidad que no es igual a la de sesenta o cien años atrás?

Lo que interesa es tender la mirada hacia lo infinito; aguzar el oído. Ver lo que pasa acá y acullá; escuchar lo que se dice en una parte y en otra; sacar al sol los amasijos de archivadas teorías, para

que les de el aire y no se apolillen... Buscar distinguir lo perdurable de aquello que alcanzó un valor transitorio. No confundir lo fundamental con lo que han sido derivaciones de un valor muy limitado, a modo de excrescencias llamadas a desaparecer. Importa mucho tener la suficiente sinceridad y valentía para enfrentarse incluso con el mal que pueda haber arraigado en el propio organismo ideológico, ya individual, bien colectivo; en el mal, aunque se halle enquistado como una especie de úlcera.

Es conveniente conocer el sentir de los que ensalzan la ideología que nosotros sustentamos, así como el criterio de aquellos que atacan en plan de impugnadores. Alguien ha dicho que de las apreciaciones de un enemigo se pueden colegir matices de verdad que, de otro modo, no llegaría a conocer aquel que carece de valor de someter a un libre examen todo el conjunto de teorías y tácticas de lo que constituye su credo ideológico. Ricardo Mella, de quien tantas apreciaciones podemos retener, ya que resisten los embates demoledores del tiempo, advierte: «Más allá de la anarquía habrá siempre anarquía». Es expresión que define de un modo harto elocuente una posición antidogmática, contraria a toda limitación; contraria a lo de los «cotos cerrados», expresión del mismo pensador, y de la que no pocas veces ha habido que hacer uso.

He leído, no hace mucho, una monografía en torno al anarquismo. Se titula «L'Anarchisme». Su autor es Daniel Guérin, y ha visto la luz en la colección «Idées», a cargo de la Editorial Gallimard, de París. En otra de nuestras publicaciones, «Le Combat Syndicaliste», hice algunos comentarios en torno a ella. Ahora me referiré solamente a algunas de las opiniones que expresa en torno a Pedro Kropotkin. Dice en el prefacio de la obra citada, enumerando a diversos teóricos del anarquismo: «Pedro Kropotkin (1842-1921), otro exiliado ruso, desvía la doctrina hacia un utopismo del que lo «científico» disimula mal sus debilidades. «Creo que la observación peca de una excesiva ligereza, tanto más de lamentar tratándose de que Daniel Guérin es un escritor documentado y que, al parecer, revela tener fe en lo que podríamos denominar: **destino del anarquismo**».

También, en relación a Kropotkin, dice Guérin en la obra citada que «la parte puramente científica de su obra, que le vale el ser actualmente celebrado en la U.R.S.S. como un «brillante porta-estandarte de la geografía nacional», ello es ajeno al anarquismo.» Agrega que también lo era la posición intervencionista que tomó en el curso de la

Gran Guerra. Sobre este último extremo es harto sabida su posición posterior a aquellos acontecimientos. Posición bien distinta a la adoptada por Jean Grave y Charles Malato. En cuanto a lo demás, Lenin y los jerifaltes bolcheviques, al morir Kropotkin, a tenor de la popularidad que tenía el autor de «La Conquista del Pan», **más que como geógrafo, como anarquista**, y en razón de ello, no atreviéndose a contrariar la simpatía que tenía Kropotkin entre las masas obreras y los elementos de tendencia liberal de toda condición social, contribuyeron a que el entierro alcanzara el mayor realce. He ahí los permonores del mismo que uno de los compañeros y amigos de Kropotkin, que asistió al acto de sepelio, Anatol Gorelik, refirió en «La Revista Blanca», de Barcelona, correspondiente al mes de octubre de 1935:

«Llegó el día del entierro. La comisión de exequias de Moscú me honró a mi, con otros cinco anarquistas, para hacer los últimos honores al extinto: llevar el ataúd y acompañar los restos de P. A. Kropotkin hasta su última morada. De los que teníamos que levantar el ataúd del mismo lado que yo, fueron dos obreros, viejos anarquistas: Alejandro K., y Kniashev, el último participante de la famosa sublevación obrera y revolucionaria de 1905 en Moscú.»

«Terminó el «requiem» civil. La orquesta y el coro de la Opera de Moscú ejecutaron la «Sinfonía Heroica», de Beethoven, la obra musical que más le gustaba a Kropotkin en vida.»

«La sala (era la de la Casa de los Sindicatos, de Moscú) fue llenada por miles y miles: anarquistas, revolucionarios, representantes de diferentes entidades políticas, obreras, estudiantiles, culturales y científicas. Afuera, en la plaza, había más de cien mil personas, que bajo un frío invernal nórdico, aguardaban la salida de la cabecera del cortejo para unirse a éste.»

Era a primeros de febrero del 1921. Las primeras etapas de la revolución no quedaban muy lejos. Y aunque la Cheka estaba ya en funciones y había a pocos anarquistas encarcelados, todavía no habían tomado preponderancia las grandes razzias contra el anarquismo, el sindicalismo revolucionario, y los sectores de oposición al bolchevismo.

En suma, si en su propio país, en Rusia, los comunistas no pudieron minimizar la personalidad idealista, del pensador anarquista Pedro Kropotkin, no creo sea sensato emplee procedimiento parecido, al quitarle valor, quien ha tenido el acierto de escribir un libro como «Jeunesse du Socialisme Libéraire».

Tal vez nadie haya habido más facultado para hablar de Pedro Kropotkin que su amigo y compañero de ideas Errico Malatesta. Con nobleza de sentimientos, con lealtad, expuso en su día su sentir. A ello me referiré más adelante, transcribiendo palabras del propio Malatesta.

Al referirnos al «príncipe anarquista», como ha sido adjetivado por Woodcock y Avakoumovitch en su notable obra biográfica, publicada en inglés, y editada en francés por la Editorial Calmann-Lévi, de París, con el título: «Pierre Kropotkin, le Prince

anarchiste», hemos de tener muy en cuenta, en primer lugar, al hombre, al valor personal de excepción que encarna. Precisamente en una época como la nuestra, en que predomina un bajo materialismo, en que diríase andan en declive los valores morales, importa destacar a estos hombres que pudiendo gozar de los mayores privilegios, teniendo lo que se dice: la fortuna al alcance de la mano, por espíritu romántico, por acendrada pulcritud moral, desdénaron los bienes materiales, manteniendo enhiesta la dignidad, a trueque de sufrir privaciones de toda especie; a trueque de exponer la vida inclusive. De por sí ello alcanza extraordinaria importancia. Es de una admirable ejemplaridad. Y es este un detalle de signo inmarcesible en lo que afecta a la figura idealista de un Pedro Kropotkin. Pasarán los años y su valor existencial quedará como un detalle, entre los de su especie, de inconfundible rango aleccionador. El decoro, la lealtad, induciendo a repudiar un estado de organización social arbitrario, serán prueba justificativa de que el individuo no tiene porque ser juguete del ambiente; no tiene porque seguir la corriente. Una prueba de que se puede ir contra la corriente nos la han ofrecido y nos la ofrecen quienes en todos los tiempos han mantenido a flor de corazón convicciones humanitarias, inspiradas en el más alto grado de justicia y de libertad. Repitémoslo: Conductas como la que se ha tratado de esbozar han de quedar en la Historia, como ha quedado, al través de los siglos, el gesto sublime de Diógenes, despreciando, con la mayor sencillez, sin dar a la cosa la menor importancia, las dádivas que le ofrecía el omnipotente monarca griego.

Y ahora, ateniéndonos al ideario de Kropotkin, estimo que podemos, en un somero análisis; por supuesto, no exhaustivo, ver si algún matiz consideramos que haya perdido valor de actualidad. Y ahí se entra de lleno en las observaciones hechas al comienzo de este artículo, referentes al aconsejable **examen revisionista**.

Intensa fue la producción intelectual de Kropotkin. Se encuentra en ella el obtenido, el meditado ensayo sociológico, con acopio de material documental; la obra hecha a conciencia, ofreciendo un conjunto de matices; ofreciendo un máximo de visión, clara, convincente. A tenor de ello se pueden citar: «El apoyo mutuo», «La ciencia moderna y el anarquismo», «Campos, fábricas y talleres», «La gran revolución», y «La ética», que dejó sin poder concluir. Luego están sus trabajos breves de propaganda y agitación: conferencias, folletos, artículos insertados en periódicos y revistas de inspiración anarquista. Eliseo Reclus tuvo la idea de que su gran amigo Kropotkin recogiera en un tomo diversos trabajos dispersos, sugiriendo el título «La conquista del pan». Publicado el de referencia, fue editado otro volumen con el nombre «Palabras de un rebelde». A cada una de las obras mencionadas Reclus les puso un prólogo. Decía el autor de «La Geografía Universal» al comienzo de la primera de las citadas obras:

«El título del libro «La conquista del pan» debe de ser tomado más amplio, ya que «el hombre no

vive de pan solamente». En una época donde las personas generosas y valerosas ensayan de transformar su ideal de justicia social en realidad viviente, ello no estriba solamente en conquistar el pan, con el vino y la sal, a lo que se limita nuestra ambición. Hay que conquistar también todo lo que es necesario, o útil a la vida confortable. Hace falta que podamos asegurar a todos la completa satisfacción de las necesidades y del goce.»

Responde lo expresado por Eliseo Reclus a la **realidad ambiental** de fines del siglo pasado, o inicios del presente. Veamos ahora algunas de las apreciaciones de Kropotkin, seleccionadas de entre las páginas de su libro:

«No pudiendo los trabajadores comprar con sus salarios las riquezas que han producido, los industriales buscan mercados exteriores, entre los acaparadores de otras naciones.»

«El día en que el trabajador de la fábrica producirá para la comunidad y no para el monopolio, los obreros dejarán de ir cubiertos de harapos.»

Reclus, Kropotkin, Malatesta, Anselmo Lorenzo, y la generalidad de anarquistas, por no decir la totalidad, estaban lejos de pensar, hace cincuenta o sesenta años, que una gran revolución transformadora se iba a producir en el mundo, en las «sociedades industriales», como las denominan Raymon Aron. Se contaba, y en ello anarquismo y marxismo llevaban posición paralela, que el acrecentamiento de las necesidades de orden material, la acusada miseria y pauperismo entre las masas productoras, llevarían indefectiblemente a la revolución, derrocadora del sistema capitalista. Y de ahí partía ya la posición divergente entre anarquistas y marxistas; considerando estos últimos como organismo imprescindible el Estado, viendo los ácratas en toda organización estatal nefasta influencia socialmente regresiva y aportaban iniciativas marginando toda hegemonía de tipo gubernamental.

Pero vayamos ahora al punto de mira concreto de la transformación económica, a lo de «la conquista del pan», a lo de la «vida confortable» y al «goce material». Sabemos que, particularmente en los países más industrializados, ello no constituye un problema, como lo era en la etapa en que Luisa Michel arengaba a la multitud proletaria clamando justicia y dando a conocer los motivos del hambre y de la miseria de los productores.

Millones y millones de obreros: alemanes, franceses, ingleses, suecos, norteamericanos, belgas, suizos, holandeses, noruegos, y de otros países, poseen automóvil y el confort hogareño de cualquier patrono; comen a su gusto, visten con elegancia, y se permiten, en plan de vacaciones, viajar de ceca en meca, como solamente podía hacerlo, hace medio siglo, el potentado, el clásico capitalista.

La gran transformación, **no prevista por el anarquismo, en su periodo de mayor influencia**, ha consistido en que los economistas, habiendo estudiado la forma de acrecentar la producción, empleando una técnica adecuada, de la que Tylor fue uno de los precursores, ello ha permitido dar un considerable rendimiento, mediante el cual el

capitalismo ha acrecentado enormemente sus beneficios, siéndole así fácil aumentar la retribución de la mano de obra en general. Y así el poder adquisitivo del proletariado industrial en particular ha llegado a un nivel que le permite un tren de vida que los abuelos ni siquiera llegaron a soñar.

Raymond Aron, en su obra «La lutte de classes»-«Nouvelles leçons sur les sociétés industrielles», estudia detenidamente las características de la organización social contemporánea, sus deducciones están lejos de nuestros puntos de mira en cuanto a conclusiones, pero constata una serie de hechos en torno a los cuales sería absurdo encojerse de hombros. Así manifiesta:

«El aburguesamiento de una fracción de los trabajadores y la reducción de las desigualdades se producirán en todos los países de civilización industrial democrática a condición de que el crecimiento económico continúe. Lo que ha ocurrido a este respecto en los Estados Unidos no es excepcional ni anormal.»

Como un caso que caracteriza la evolución del proletariado en su sentido moral y material, Aron, en la obra citada, se extiende en consideraciones al respecto de la psicología de los trabajadores ingleses, inclinados hacia un espíritu conservador, «pequeño burgués», embotada la sensibilidad por la acrecentada propaganda de la televisión y de las emisiones radiofónicas. Y recarga el acento en torno de ello, puntualizando:

«A propósito de la clase obrera, he señalado, primero no sin ciertas reservas, el hecho de una creciente homogeneidad, y de otra parte la tendencia al aburguesamiento, a la pérdida de iniciativa, de originalidad proletaria en las actividades sindicales y culturales de los obreros de hoy. De estos dos fenómenos, el segundo es universal. Doquiera las comunicaciones de masas, en radiodifusión y televisión se difunden, el proletariado absorbe, no lo que él mismo ha creado, sino lo que le ha sido impuesto exterior a sí mismo. Las creaciones originales de la élite obrera, características del pasado siglo, parece que por todas partes desaparecen.»

Ahora unas pocas referencias, tomadas de las antes citada obra de Kropotkin, «Palabras de un rebelde»:

«Decididamente, marchamos a grandes pasos hacia la revolución, hacia una conmoción que, estallando en un país, se irá propagando, como en 1848, en todos los países vecinos, y sacudiendo la sociedad actual en sus entrañas, vendrá a renovar las fuentes de la vida.»

«El pueblo pronunciará pronto la caducidad de la burguesía. Y tomará cuanto le afecta en sus propias manos desde que el momento propicio se presentará. Y ese momento no puede tardar, a causa precisamente de los males que corroen a las industrias. Su llegada será acelerada por la descomposición de los Estados, descomposición galopante que se está operando ya en nuestros días.»

Y así podrían citarse otros párrafos en torno al convencimiento de Kropotkin en la acción revolucionaria del proletariado mundial. Páginas dictadas, por un apasionado afán de convencer; por el

anhelo de despertar inquietud de rebelión, afán de justicia.

Mucho se ha escrito en nuestros medios en torno a la concepción «voluntarista» de Errico Malatesta, y a la propensión «científica» de Kropotkin. Sería prolongar con exceso el presente artículo ofrecer un documentado análisis de las apreciaciones de uno y otro compañero. Ahora bien: para explicarnos el sentido determinante de algunas afirmaciones **kropotkinianas**, como las transcritas en este trabajo, voy a reproducir unas opiniones de Malatesta tomadas del valioso trabajo que envió a los compañeros rusos que en Detroit (Estados Unidos) editaban en su lengua el periódico «Probužfidenie» («La Aurora») cuando en 1931 dedicaron un número especial al autor de «El apoyo mutuo». Pero antes, citaré unas frases de Kropotkin, en su autobiográfica, «Autour d'une vie». Expresa:

«Malatesta había sido estudiante en medicina, pero renunció a la profesión médica, lo mismo que a su fortuna, para dedicarse a la causa revolucionaria; lleno de ardor y de inteligencia. Ha sido un puro idealista, y durante toda su vida —se acerca ya ahora a los cincuenta años— no se ha preocupado nunca por saber si tendría un pedazo de pan para cenar, ni una cama para pasar la noche. Sin contar siquiera con una habitación que pueda llamar suya, vende, si se terciara, mantecados por las calles de Londres, para ganarse la vida, escribiendo por la noche brillantes artículos para periódicos italianos.»

En el trabajo de referencia, Malatesta, con lealtad, nobleza de sentimientos, pone de relieve las características morales e intelectuales de su fallecido amigo Kropotkin. Lo que, en apreciaciones, les unía, y aquello que les diferenciaba. Así manifiesta:

«Según su filosofía, todo lo que llega debe de llegar, el comunismo anarquista, que él deseaba, debía fatalmente triunfar, como por una ley natural. Y esto le quitaba toda incertidumbre y le ocultaba toda dificultad. El mundo burgués debía caer fatalmente; estaba ya en disolución, y la acción revolucionaria no servía más que para acelerar la caída. Su gran influencia como propagandista tenía, además de su talento, el hecho de que mostraba la cosa de tal manera simple, de tal manera fácil, de tal manera inevitable, que el entusiasmo prendía en los que le escuchaban o leían.»

«Esa idea de «la toma del montón, que puso de moda, y que si bien es la manera más simple de concebir el comunismo, y la más apta para agradar a la multitud, es también la más primitiva y la más realmente utópica.»

Tras detenidas consideraciones al respecto, Malatesta hace la siguiente conclusión: «He insistido

sobre los dos errores en que, según mi parecer cayó Kropotkin: su fatalismo teórico y su optimismo excesivo, porque creo haber constatado los malos efectos que han tenido en nuestro movimiento.»

Y la estima que guardaba Malatesta a Kropotkin, pese a detalles de diferencia interpretativa, la dejó plasmada finalizando así sus comentarios:

«No creo que mis críticas puedan empequeñecer a Kropotkin, que queda como una de las glorias más puras de nuestro movimiento. Ellas servirán, si son justas, para demostrar que ningún hombre está exento de error, ni aun cuando posea la elevada inteligencia y el corazón heroico de Kropotkin. De todas las maneras, los anarquistas encontrarán siempre en sus escritos un tesoro de ideas fecundas, y en su vida un ejemplo y un acicate en su lucha por el bien.»

De Kropotkin, como de otros pensadores ácratas, que posiblemente no han rayado a su altura intelectual, al paso del tiempo habrá que descartar algunas de sus afirmaciones respecto a lo que imaginaron iba a suceder en el orden social. Pero incluso en las dos obras que he citado, pese a sus puntos de vista inactuales, de los cuales he ofrecido muestra, queda vigorosa la crítica de los diversos organismos que, para decirlo con frase de Ibsen, constituyen los «puntales de la sociedad». Obra magistral por excelencia lo es «El apoyo mutuo», tesis completamente opuesta a los empeñados, con el fin de justificar un atrabiliario orden social en que lo corriente ha sido y ha de ser una eterna lucha entre víctimas y victimarios, considerándolo como una ley de la naturaleza.

No es cosa de enmendar las páginas de **nuestros clásicos**, por así decir. Sería un absurdo, una ridícula pretensión. Pero sí puede resultar adecuado seleccionar, de unos y de otros, aquello que por su esencial y fundamental valor humano pueda resistir el paso del tiempo, sean unas u otras sus características. Aquello de valor ético que, aunado al modo de sentir de cuantos, pensadores, hombres de ciencia, escritores, artistas, contemporáneos; dejan oír su voz, señalando, censurando el aburguesamiento de las masas, mal aconsejadas hasta el extremo de olvidar que no y en todo el mundo se puede comer a voluntad; de olvidar que existe el problema de la libertad, el de la fraternidad humana, el de la paz social. Sin tenerlos en consideración, las comodidades materiales ni lo son todo, ni adquieren seguridad.

Y creo que podemos tener la convicción de que entre lo mucho escrito y que conocemos de Kropotkin, mucho es también lo que puede quedar y utilizarse, cara al futuro, por los anarquistas en general.



Ayuntamiento de Madrid

El imperialismo inglés en la India del siglo XIX

por el Profesor CARLOS RAMA

(CONCLUSION)

Los críticos de la dominación imperial inglesa, han consignado su opinión en el sentido de que aquellos aportes, aun siendo interesantes, no sobrepasan, sino que resultan insignificantes frente al cúmulo de aberraciones o injusticias sociales, que el sistema colonial reconoció o perpetuó. Por ejemplo señalan:

1) La administración británica habría luchado insuficientemente contra las hambres que periódicamente despoblaron provincias enteras. Las cifras son, en efecto, escalofriantes. Las hambres de 1854, 1860, 1867 causaron más de un millón de muertos solamente para la provincia de Orissa. Las hambres de 1873, 1878, 1896, 1899 alcanzaron a 26 millones de personas y causaron más de dos millones de muertos», se lee en Grousset.

2) Bajo la dominación inglesa el campesinado se ha rebajado de nivel hasta alcanzar la condición subdesarrollada actual. André Phillip ha resumido este hecho diciendo que «en las zonas de Madrás y Bombay el labrador paga el 10 por 100 de su cosecha al fisco y entrega el 15 por 100 al usurero, o sea más de un tercio de su renta anual; mientras en el valle del Ganges debe entregar más del 40 por 100 del producto neto de su cosecha al gran propietario y abandonar del 8 al 10 por 100 al usurero, o sea en total la mitad de la cosecha bruta y los dos tercios de la renta.

3) Los ingleses practicando el principio de «dividir para reinar», habrían deliberado atizando las diferencias religiosas, políticas, regionales, raciales y sociales, provocando sangrientos y penosos conflictos durante su dominación, que subsisten hasta hoy. El principal de estos —de acuerdo a los autores indios contemporáneos— es la propia división de la India en dos Estados rivales, que en el caso de Bengala supone una artificial división de la provincia.

4) Los ingleses han perpetuado deliberadamente muchos de los aspectos arcaicos de la sociedad India, que ya estaban en decadencia a su llegada, pero que con su auxilio se mantuvieron durante dos siglos. Por ejemplo, los príncipes y su costoso estilo de vida, en razón de que este grupo fue aliado de los ingleses.

5) La administración colonial habría explotado económicamente, como se detalla más adelante, el territorio sometido.

6) Habría sometido a una nación independiente a la humillación del vencido, alterando profundamente su historia y su cultura.

7) Habría intentado absorber a los vencidos culturalmente desposeyéndoles de su lengua, religión, costumbres, etc., para imponerles las suyas propias.

Es absolutamente imposible inventariar el total de ventajas que a lo largo de la dominación imperial Inglaterra extrajo de la India.

Tenemos sí sobre las riquezas cifras parciales, datos sobre traslaciones o transferencias de capitales en casos concretos, que nos dan idea de la magnitud del aporte que forzosamente ha hecho la India a la prosperidad de Inglaterra imperial. Se explica que, por ejemplo, Winston Churchill dijera en 1930: «La nación inglesa no tiene la menor intención de renunciar al control efectivo sobre la vida y el progreso hindú. No tenemos la más mínima intención de renunciar a esta perla, en verdad la más brillante y valiosa de la corona real, la cual, mucho más que cualquier otro dominio o posesión, constituye la gloria y la fuerza del Imperio británico.»

El papel central que la India ocupaba en el sistema imperial inglés, ha sido sintetizado asimismo por su ex virrey lord Curzon que manifestó: «La India es el corazón de nuestro Imperio... Si el Imperio perdiera cualquier otra parte de sus dominios podríamos sobrellevarlo, pero si perdiésemos la India, eso sería el ocaso de nuestro Imperio.»

La relación entre la prosperidad victoriana de los ingleses y la explotación colonial del imperio hindú no ha sido ocultada, y tenemos la autorizada palabra de Winston Churchill que ha dicho: «Dos de cada diez habitantes de Inglaterra, obtienen los medios para su subsistencia, directa o indirectamente, como resultado de los vínculos con la India.»

El economista húngaro Eugenio Varga ha intentado sintetizar esquemáticamente la mecánica de la expoliación inglesa, tal como se puede estudiar en los últimos años de su dominación colonial, cuando las estadísticas son más precisas, y existe

mejor conciencia de este problema. A su juicio los rubros principales serían los siguientes:

1) La fuente principal estaba constituida a 1939 por las inversiones de capital. Estimadas entonces en unos mil millones de libras esterlinas, la mitad en acciones y el resto en fábrica —especialmente textiles de algodón y yute—, plantaciones —indigo, té, cáñamo, etc.—, minas, astilleros, etc. El rendimiento de esas empresas era muy alto —por cierto superior a las similares europeas—, y Varga lo estima en un 10 por 100 del capital invertido lo que hace una ganancia anual de 100 millones de libras esterlinas.

2) El principal beneficio, sin embargo, era proporcionado por la exportación de mercaderías inglesas que tenían un mercado comercial protegido en la India, un mercado de 400 millones de habitantes! La diferencia de aranceles aduaneros entre las mercaderías inglesas y las de otros países era muy considerable. Por ejemplo, para el acero, productos químicos, máquinas textiles era del orden del 10 por 100, pero para los textiles de algodón manufacturados era del orden del 57,5 por 100.

3) Las compañías inglesas se beneficiaban asimismo de las exportaciones hindúes —no solamente a Inglaterra, sino a los demás países—, y de ingresos por conceptos de fletes, seguros, comisiones, etc., en las empresas de su sector comercial y de comunicaciones.

4) La India abonaba buena parte de los gastos administrativos del Imperio inglés, llevándose entre las dos guerras a unos 20.000.000 de libras esterlinas anuales. Varga cita, y el caso parece pintoresco, que la visita a Londres del sultán de Turquía se cargaba a ese rubro.

5) Los beneficios privados de los ingleses que residían en la India, y que percibían sueldos muy elevados, deben computarse igualmente. El virrey de Delhi recibía un ingreso anual superior al presidente de los Estados Unidos.

6) Aparte de los sueldos, y siempre con cargo al presupuesto indio, los ingleses disponían de numerosas entradas suplementarias. Por ejemplo se les pagaban los servidores, el famoso «durbar» que hacía que cada dignatario tuviera una suerte de corte principesca. También su vivienda, y pensiones vitalicias en ocasión de su retiro.

7) Los técnicos ingleses al servicio de las compañías locales, recibían una paga extraordinaria y privilegios, semejantes a los funcionarios públicos antes citados. Este grupo —a pesar de la independencia— sigue todavía actuando, y Varga estima su ingreso anual en 50 millones de libras esterlinas.

8) Se deben tener en cuenta las exportaciones de objetos de uso personal, obras de arte, etc., que los funcionarios o técnicos ingleses importan libres de gravámenes regularmente para su país en su equipaje personal.

9) El mantennimiento de las fuerzas militares hindúes que prestaban servicios en distintos puntos del imperio inglés —y a beneficio de éste—, eran imputadas al presupuesto de la India.

10) El balance comercial entre Inglaterra y sus

dominios y la India, arrojó regularmente un saldo activo a favor de esta última. Entre 1930 y 1939 el saldo fue de unos 460 millones de libras esterlinas. Esa diferencia funcionaba como una especie de crédito abierto a favor de Inglaterra. El saldo se hizo mucho más considerable en ocasión de la Segunda Guerra Mundial, y fue uno de los problemas regulados en ocasión de disponerse la definitiva independencia de la India. Por entonces esta tenía un saldo a su favor de 531 millones de libras esterlinas.

Resumir todos estos rubros y evaluarlos en términos estadísticos es particularmente difícil. El propio Varga dice que el beneficio anual obtenido por los ingleses en la India, solamente por conceptos de los puntos indicados precedentemente con los números (1), (4), (5), (6), (7) y 8), alcanzarían anualmente a unos 200 millones de libras esterlinas, y proporcionaba bibliografía de la que resulta una gran disparidad en los autores citados, a propósito del mismo tema.

Carlos Marx se ha ocupado en sus trabajos sobre la India, y escribiendo en el año 1853 para el diario norteamericano «New York Daily Tribune» expresó algunas ideas importantes sobre el colonialismo inglés y sus efectos, que suponen una suerte de balance del imperialismo. A su parecer «la miseria ocasionada en el Indostán por la dominación británica ha sido de naturaleza muy distinta e infinitamente superior a todas las calamidades experimentadas hasta entonces por el país».

Peor que las precedentes guerras, invasiones, revoluciones, conquistas y años de hambre ha sido la acción de los ingleses destruyendo las comunidades familiares aldeanas campesinas, y arruinando el artesanado hindú con la competencia de sus manufacturas. «El vapor británico y la ciencia británica destruyeron en todo el Indostán la unión entre la agricultura y la industria artesana» y además descuidaron las obras públicas.

Estos hechos han constituido una verdadera «revolución social» pues «Inglaterra cumple en la India una doble misión destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia.» Pues «Las páginas de la historia de la dominación inglesa de la India apenas ofrecen algo más que destrucciones. Tras los montones de ruinas a duras penas puede distinguirse su obra regeneradora. Y sin embargo esa obra ha comenzado.» Los aportes de la dominación inglesa serían los siguientes:

1) La India ha sido políticamente unificada, se ha introducido la propiedad privada de la tierra y hay por primera vez una prensa libre;

2) Se ha creado una nueva clase, educada por los ingleses, capaz de gobernar el país;

3) La India ha salido de su aislamiento, comunicada con Europa y el resto del mundo;

4) La burguesía industrial inglesa ha descubierto las ventajas de la India como país productor y esto lleva a promover los medios de riego y vías de comunicación interior.

5) Los ferrocarriles reducirán el número y los gastos de sostenimiento de los establecimientos militares;

6) Las nuevas comunicaciones favorecerán el desarrollo del artesanado aldeano de la India;

7) «El sistema ferroviario se convertirá en la India en un verdadero precursor de la industria moderna.»

Todo esto puede resumirse como el asentamiento de «las premisas materiales necesarias para la realización de ambas empresas.» Esto «no emancipará a las masas populares ni mejorará sustancialmente su condición social, y es que tanto lo uno como lo otro no sólo dependen del desarrollo de las fuerzas productivas, sino de su apropiación por el pueblo.»

..

Resulta un tema apasionante mostrar de que manera la India inició la recuperación nacional que le llevaría a su independencia a mediados del siglo XX.

Ese proceso se comienza en la segunda mitad del siglo XIX, y es simultáneo o paralelo con el cumplido en otros países asiáticos colocados en circunstancias similares, como China y Japón. No faltan las diferencias que provienen ora de sus distintas estructuras políticas y sociales, ya de las diferentes soluciones tácticas inventadas por pueblos para conseguir el mismo objetivo.

Panikkar dice que se trata de un verdadero «Renacimiento» asiático, «Paralelamente amenazadas, y oprimidas, las viejas sociedades de la India, China, Japón y otros países de Asia han reaccionado paralelamente.»

Las líneas de ese «renacimiento», serían fundamentalmente:

1) Reorganización de las sociedades indígenas, modernizándolas al atacar los aspectos más arcaicos de su estructura, (el feudalismo en Japón, el antagonismo clasista en China, las castas en India).

2) La dirección del movimiento nacionalista estuvo a cargo de las clases cultas superiores que dieron una orientación de «resistencia al extranjero». El nacionalismo ya viejo en Europa arraiga en Asia, ya sea para mantener la independencia nacional en Japón o China, ya para obtenerla como en el caso de la India.

3) La reforma religiosa es previa a la lucha nacional. En el Japón es la reforma del sintoísmo que cumple el mismo gobierno local, y en los países budistas una restauración de la fe tradicional. En el caso de la India el fenómeno —como veremos— es más complejo.

4) Parte capital de ese renacimiento asiático fue paradójicamente el esfuerzo que hacen los asiáticos para asimilar la enseñanza y el pensamiento occidentales. Los colegios ingleses en la India, los estudiantes chinos en el extranjero, el aprendizaje por los japoneses es primero del holandés y después del inglés, para procurar su contacto con Europa, serían —acota Panikkar— «no un reconocimiento de la superioridad de la civilización de Occidente, sino más bien la voluntad de apropiarse de la potencia de los extranjeros.»

5) Creemos que se puede agregar a la nómina de Panikkar los rasgos siguientes: El establecimiento de lenguas escritas nacionales, salvando el abismo entre la lengua escrita de los sabios en idiomas muertos y las lenguas vivas locales que, aunque habladas, no escribían literalmente.

Así nacen el periodismo y la literatura asiática modernas.

Igualmente importante es la modernización de la legislación civil, particularmente en cuanto tiene en cuenta el estatuto de las personas físicas, secularizándose las leyes, despojándose de su versión religiosa y tradicional.

El caso concreto de la reforma cumplida en la sociedad india en el siglo pasado es seguramente uno de los grandes hechos históricos del mundo contemporáneo cuyas consecuencias recién hoy se aprecian plenamente.

Esta reforma comienza por ser religiosa, y este hecho de profundas consecuencias históricas, en buena parte, fue provocado por la intervención del cristianismo aportado por los ingleses.

Un precursor de este movimiento el sabio Ram Mohan Roy (1774-1833) supo combinar el saber tradicional de su país —para comenzar el lingüístico, pues dominaba el sánscrito, persa y árabe— y el aportado por los ingleses, como ser su lengua, y griego, latín y hebreo, pero particularmente las ciencias naturales. Fundador de la prensa india, agitador contra el «sati», y otras costumbres religiosas tradicionales este personaje inició la renovación del hinduismo creando la «Brahmo Samaj», una asociación que procuraba transformar la religión tradicional despojándole de las supersticiones, costumbres tradicionales antisociales, y racionalizando la creencia al estilo del cristianismo, cuyas misiones entonces intentaban reclutar prosélitos en el país.

La iniciación en 1835 de la enseñanza en inglés en la India, que aceptaron primero los hindúes, parsis, sikhs y más tarde los mahometanos, aumentó la presión de la religión cristiana sobre las creencias tradicionales del país.

Se tradujo por entonces a numerosas lenguas locales la Biblia, y otros escritos cristianos, que, por lo demás, eran de obligatoria lectura para los alumnos de los colegios ingleses.

El monoteísmo cristiano ofreció un modelo tentador a Dayananda Saraswati que fundó el «Arya Samaj» que procura hacer de los Vedas el equivalente de la Biblia en el cristianismo, o el Corán para el islamismo, y al tiempo establecer una religión universal para todos los hindúes por encima de las diferentes sectas o versiones locales. Si el Brahmo Samaj se impuso en Bengala, el Arya Samaj tuvo su fuerza en Pundjab.

Un tercer episodio de esta renovación religiosa fue la fundación de la Sociedad Teosófica por los occidentales Mme. Blavatsky y el coronel Olcott, que dirige desde 1907 Mme. Annie Besant. Esta sociedad introduce los métodos de propaganda y organización occidentales en la religión hinduista, supone una doctrina social progresista y obtiene el concurso de la élite hindú, incluso ortodoxa.

Un místico bengalí de nombre Ramakrishna crea una escuela de propaganda en que se forma la figura de Vivekananda que alienta un movimiento de gran valor religioso y político, que él mismo definía como «La búsqueda de los fundamentos comunes a todas las religiones hindúes y hacer tomar conciencia de sí misma a la nación.» Su estribillo fue la palabra «abbay», (no tengáis miedo, sed fuertes). En alguna parte dice: «Si hay un pecado en el mundo es el de la debilidad; evitad toda debilidad porque la debilidad es pecado, la debilidad es la muerte.»

Conocedor del Occidente lo tuvo en cuenta en su ideal nacional, que se expresa con las palabras: «Hacer una sociedad europea con una religión india... (convertirnos) en un occidental en el espíritu de igualdad, libertad, trabajo y energía y, al mismo tiempo, en un hindú hasta el tuétano en cultura e instintos religiosos.»

A fines del siglo XIX, finalmente, se destaca Aurobindo que expone la doctrina de los Vedas en obras consideradas desde entonces como clásicas. Simultáneamente se procede a la modernización de la legislación civil y penal, y surge una poderosa literatura vernácula.

Hasta entonces las grandes lenguas escritas eran el sánscrito o el persa, y en las lenguas vernáculas no existían más que temas religiosos. Una vez organizadas estas lenguas por la publicación de diccionarios, gramáticas, y su enseñanza escolar, se comienzan a utilizar en el periodismo, se traducen los clásicos ingleses u obras religiosas cristianas, y finalmente se acometen temas estrictamente originales en la literatura. El bengalí se adelantó en esa evolución y dió tempranamente un gran poeta en la figura de Rabindranath Tagore. Una obra semejante se cumple seguidamente en el Tamul y el urdu por autores como Subramania Bharati y Mohamed Iqbal en que alientan asimismo —como en Tagore— el espíritu nacionalista.

Este proceso se podría resumir con las palabras de Panikkar, diciendo que «La India está unida espiritualmente por el pensamiento religioso hindú, por la poderosa tradición sánscrita, que vive todavía en los dialectos hindúes, y por esta nueva comunidad de ideas y métodos que la educación inglesa ha expandido en las clases superiores.»

..

El movimiento estrictamente político que llevará a la India a su independencia se inicia en los últimos años del siglo XIX.

Efectivamente por 1885 se fundó el Partido del Congreso, pero al principio arraigó solamente entre los intelectuales de tradición hindú. La lucha contra la partición política de Bengala destacó personalidades combativas como fueron Tilak y Gokhale, que sin embargo fueron minoritarias en el Partido del Congreso hasta 1907.

Los musulmanes que sufrieron más duramente la represión provocada por la revuelta de 1857 se incorporaron tarde a las nuevas condiciones sociales y culturales típicas de la India de la segunda mitad del siglo XIX.

Bajo la orientación de Syed Ahmad Khan comenzaron a anglicanizarse, y entraron en el «Servicio de la India», siendo aprovechados por los ingleses para dividir más todavía al país y retardar su unidad política anti-imperialista. En esta situación se fundó la Liga Musulmana en 1906, pero en los años siguientes surgen personalidades activas como Abul Kalam Azad y los hermanos Ali, que se expresan en las lenguas vernáculas y facilitan el entendimiento de la Liga y del Congreso en el compromiso de Laknau de 1916.

Nehru ha dicho categóricamente que «Tagore y Gandhi han sido indudablemente las dos figuras más destacadas de la India en esta primera mitad del siglo XX, pero la verdad es que se trata de dos hombres surgidos y nutridos en el ideario del siglo pasado.

El príncipe Rabindranath Tagore nació en Bengala en 1861 y después de cumplir muy amplios estudios inició la gran literatura lírica en bengalí, cuyo renombre justificó ampliamente el premio Nobel que en 1913 llamó la atención sobre este gran país.

Pero se desconoce en Occidente el considerable aporte que su personalidad hizo a la causa nacionalista. En primer lugar fundando Santiniketan, una suerte de Universidad popular nacional, en las cercanías de Calcuta y que desde 1901 ha sido sitio de verdadera peregrinación y fuente de conocimiento para la juventud de la India.

Los ingleses quisieron vincularlo a su dominio dándole el título de Lord, pero renunció en 1919 como protesta por las represalias a los patriotas en Bengala. «Tagore —sigue Nehru— era primordialmente el hombre de ideas y Gandhi el de la actividad concentrada e incesante. Los dos cada cual a su modo, tenían una visión mundial y los dos eran al mismo tiempo totalmente indios.»

«Mahatma» Gandhi, —nacido en 1869—, fue un abogado que actuó largos años en defensa de sus connacionales en la colonia inglesa de El Cabo, y allí pudo comprender acabadamente las características y consecuencias del colonialismo sobre su pueblo, ya que en elevado número residían colectividades hindúes en diversas ciudades sudafricanas. De vuelta a su país en 1914 su intervención renovó al Partido del Congreso haciendo de él una comunidad política de masas con una organización democrática.

Su programa está expresado, con sus mismas palabras, en los siguientes términos: «Trabajaré por una India en la que no habrá clases altas y bajas de personas, en la que todas las comunidades vivirán en perfecta armonía... No habrá sitio en una India así para la maldición de la intocabilidad o la maldición de las bebidas y drogas que embriagan... Las mujeres disfrutarán de los mismos derechos que los hombres... Esta es la India de mis sueños.»

No fue un fanático de su religión pues decía: «La cultura india no es hindú ni islámica, ni ninguna otra cosa como conjunto. Es una fusión de todo.» Aportó nuevas ideas en materia de lucha

(Pasa a la página siguiente.)

Manual del grano de mostaza

por ABARRATEGUI (Francia)

—Hemos nacido para andar toda una vida sobre un cable tendido entre dos inmensas montañas. Ese cable se llama sencillez. La mínima arrogancia basta para perder el equilibrio y caer al vacío.

—¿No hay forma de recuperar la estabilidad y armonía?

—Sí: volviendo a la primitiva sencillez.

—¿Cómo se conserva esa sencillez?

—Poniendo el corazón en consonancia con el propósito de la Vida.

—¿Cómo conocer ese propósito?

—Deseándole intimamente.

—¿Con plegarias?

—Suelen ser, por falsas, el motivo de la peor arrogancia.

—¿Adorando algo?

—El hombre no está hecho para adorar algo, sino para no adorar nada visible, ni siquiera el propósito abstracto de sus extrañas arrogancias.

—¿Puede la arrogancia pretender ser la Vida?

—Es su mayor afán.

—¿Cómo desenmascararla?

—Por sus consecuencias. La arrogancia divide. La ley vital une, armoniza.

—¿Dónde se halla la altura sospechada y apetecida por el corazón?

—Exactamente al lado opuesto de sus quimeras.

—¿Qué es aquello que me parece un misterioso interrogante?

—Lo que se comprende en su realización.

—¿Cómo inclinarse a esa forma que tan fácilmente se escapa de nuestro propósito?

—Viviéndola, con paso esforzado, gesto noble y manos limpias.

EL IMPERIALISMO INGLÉS...

política, como por ejemplo la desobediencia civil, la resistencia pasiva, el boycott de mercaderías, la elevación de las clases inferiores y en particular de los intocables, etc. «Ha sido —dice su discípulo Nerhu— un demonio de energía y acción, una persona llena de actividad, un hombre que se arrastra a sí mismo y arrastra a los demás. Ha hecho más que cualquier otro que conozco para combatir y transformar el quietismo del pueblo indio.»

Se explica que se hable de este líder como el típico exponente de la autoridad carismática sobre un pueblo de cuatrocientos millones de personas, y por lo tanto uno de los personajes históricos más importantes de la historia de la humanidad.

La lucha final por la independencia nacional de la India ya pertenece a la historia del siglo XX.

—¿Permanece fiel, así?

—Sí; porque esa postura es vital y lo vital no escapa jamás a su substancia.

—¿Por qué no imponer esta idea al Pueblo?

—Porque la imposición es arrogancia.

—¿Qué necesita el Pueblo?

—Ser sabio.

—Yo, que soy del Pueblo, ¿qué debo hacer para ser sabio?

—Preguntártelo a tí mismo.

—¿Cómo alcanzar la sabiduría?

—Limpiando el recipiente que ha de contenerla.

—¿Cómo?

—Admitiendo la voz interior que señale nuestra arrogancia.

—¿Habré de estudiar y ser culto para ser sabio?

—Cultura sin sabiduría es como un manantial sin agua.

—¿Puede ser culto el sabio?

—Naturalmente, puesto que la sabiduría incita al verdadero florecer de la cultura sin atentar contra el equilibrio personal o del Pueblo.

—¿Cuál es la misión del sabio?

—Tender la mano a quien la mano le ofrezca cable tendido de la Vida.

—¿De qué forma está proyectado ese cable?

—Visualmente parece ofrecer toda clase de perspectivas; moralmente es ascendente y claro.

—¿Cuál es su manifestación suprema?

—La libertad.

—¿Es que el hombre no es libre por causas externas?

—El hombre es esclavo de las pasiones que motivan su desequilibrio. La esclavitud íntima engendra tiranías que sirven de pedestal a esclavos de otras pasiones no menos horribles y perniciosas, aunque ostenten dorados estandartes y se coronen con laureles fermentados.

—¿Por qué el hombre es esclavo?

—Porque no sabe que ya es libre.

—¿Cuándo lo sabrá?

—Cuando comprenda que no lo atan, sino que se ata.

—¿Y nuestras obligaciones sociales?

—Las obligaciones no atan, lo que ata es el temor.

—¿De dónde nace el temor?

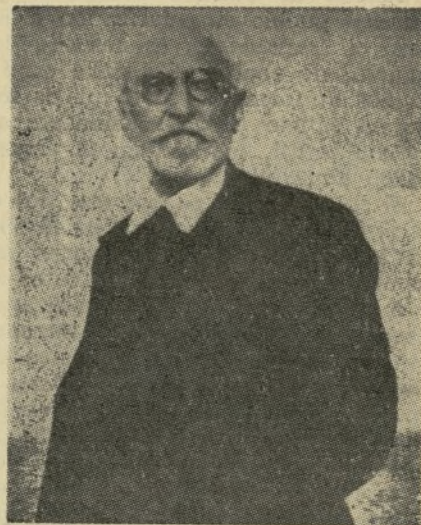
—De un natural proceso interior consecuente a una postura moral errada.

—¿Qué es el error?

—Todo lo que desarmonice nuestro complejo humano, biológico y moral.

(Pasa a la página 4694.)

La España universitaria



Por JACINTO
GUERRERO
LUCAS

UNIVERSIDAD y España: dos temas incomparables que se asocian plenamente en la evocación sencilla de cuanto reverenciamos. España universitaria: símbolo, caudal, imagen. Comunidad de conceptos. Términos que hacen un todo. Sabiduría de España portadora de un mensaje de claridades hirientes. Forja de almas arrogantes bañadas de humanidad que saben de asombrar mundos.

Mundos digo, que no pueblos ni zonas localizadas: La Universidad de España, cuna de gestas sublimes, no se atiene a las fronteras del mero conocimiento. Amamantada en lo eterno, su terreno es el espíritu. Es volcán en erupción de riquezas permanentes, manantial inagotable de profundidad señera, de enseñanzas gigantescas que tallan en la cantera del conjunto nacional los perfiles eminentes de españoles sobrehumanos que con rasgos elevados trazaran la España eterna de que sentimos nostalgia.

Nuestra riqueza expresiva; los matices infinitos de nuestro vocabulario palidecen sorprendidos cuando de invocar se trata esa España hecha inmortal por la maternidad noble de aquellos hijos sublimes que nos han legado siglos de luz sobrecogedora. Es la España visceral, único verbo hecho carne que late en el corazón de sus hijos generosos y no puede transplantarse, tan hondas son sus raíces. Se siente, mas no hay palabras. Palpita, furia potente, proyección incontenible. Pero titubea muda si se aleja de la estepa, la sierra, el río escabroso, el silencio salmantino o la sequía hogareña que la infantan y dan vida con dolor de parturienta.

Personalidades regias. Cerebros privilegiados que impresionaron la Historia sin conocer el divorcio con las realidades vivas de la España de su tiempo. Educación humanista de espíritu libertario y socialismo de médula. Tecnocracia funcional, fría especialización, son productos ignorados de nuestra Universidad: ensancha primero al hombre, forma, eleva, dignifica, modela su esencia humana afianzando firmemente la responsabilidad de su devenir histórico, cultivando el sentimiento de la importancia social en su función cotidiana, de ineludibles deberes contraídos con España, con su pueblo, con

la especie. Vocación universal de una enseñanza que ensalza la dimensión humanista del hombre evolucionado, que alumbra horizontes nuevos y conserva el esplendor de las luces heredadas.

España Universitaria no quiere decir hornadas de ciudadanos «standard», de funcionarios medio-cres ávidos de porcentajes. La riqueza exhuberante de la Cultura española produce hombres poderosos de mente fertilizante, injertos del árbol recio de sabiduría hispana que ha formado tantos pueblos, ganado tantas batallas de corazón y de espíritu, ofrecido sin descanso la lección conmovedora de amor, de virtud, de honor, de integridad soberana mezcla de dignidad trágica y nobleza exacerbada, llevada hasta el paroxismo en que, como Don Quijote, no se dobla la rodilla sino ante el más humillado.

No existe cultura ibérica sin el timbre popular. Como si al mismo saber le repugnara servir cualquier interés ajeno al del hombre de la calle que le inspira y acredita. Las cabezas que nos honran y enaltecen ante el mundo la catadura indeleble de nuestra Universidad han sido traducción fiel del amor y del dolor, de la pasión y el desprecio, del candor o de la cólera que España lleva en su seno. Intérpretes magistrales de ese genio paradójico que sube de nuestras tierras en efluviio impetuoso en búsqueda del artifice, sabio, escritor o poeta, que modele su sentido de significado eterno.

«Que inventen ELLOS», estalla la réplica de Unamuno: ¡Humilde altavoz del genio que vive con más fervor la intensidad española! Y nos dice que es error hablar de «culto a la muerte», por ser la inmortalidad ante la que nos rendimos... Esos rasgos no se explican.

Representa demasiado, está demasiado viva, hace demasiado daño la España que aquí evocamos con nostalgia acongojada para que nos permitamos huir la comparación con su tristeza reciente. El crimen de «lesa patria» imputable a los bastardos de la imposición castrense es el exterminio atroz de los trazos más preciados de toda una

tradición de cultura evolutiva que marcaba a nuestro pueblo singularizando a España. España, bajo el franquismo, es desierto de aridez que el espíritu no abarca. Un triste erial de polainas en fondos uniformados en el que la inteligencia, que no ha sabido jamás acomodarse a la espuela, se asfixia inútil, perdida en la esterilidad sucia del orden acuartelado.

El suicidio más penoso que nos ofrece este siglo es el de la España grande en el sumidero fascista. El látigo no genera creaciones reivindicables, ni el arte reglamentado dará frutos sazonados.

A España se la mutila amordazando a Aranguren. Plegando a Tierno Galván. Sancionando a Bergamín. A España se la proscribió cuando, por fin bien comido, el profesor Ballester tiene que enseñar Quevedo a los rancheros de Texas. Se atenta a lo más vital, lo máspreciado y hermoso de la conciencia española, ciñendo la formación de sus hombres estudiosos a la férula podrida de clanes «opus-deistas». Se insulta a la España culta cuando al dictado se nombran funcionarios de librea que deban representar el sentir estudiantil, y cuando la soldadesca penetra —versión franquista de las invasiones bárbaras— en los patios reposados de las Universidades, instalando en su recinto, «fuente de saber y vida» en boca del gran maestro, el monólogo soez del tirano analfabeto, transmitido por las porras de «armadas» y «civilones»...

Dije tristeza reciente. Reciente, que no presente. Pues la Universidad hierve, y de ella llega un ejemplo de conducta impresionante que nos toca secundar. El cuerpo universitario sacude sus ligaduras. La España eterna renace en los muchachos sencillos que pueblan sus facultades. Son los hombres del mañana que rehusan la condición de mequetrefes del hoy. Es la gesta que esperábamos, que pedíamos, temiendo no se produjera nunca. La España Nueva está en marcha: son esos chavales vivos con los libros bajo el brazo que están

—tal vez ni lo saben—abriendo el prólogo inmenso de una España liberada. Los cimientos venideros de una Universidad libre se cuelan, sin aspavientos, en todas las Asambleas celebradas por encima de la coacción oficial. Y las bases consecuentes de una solidaridad a la escala nacional nos la ofrecen los desplantes de Cataluña a Sevilla, de Madrid a Zaragoza cuando unánimes reaccionan contra la exacción grosera de los jerarcas cerriles que quieren domesticarles.

El genio español no puede permanecer siempre mudo. La simiente cervantina necesita espacios libres para pregonar sin trabas por las llanuras perdidas o en los picos más ariscos de la geografía ibérica las verdades siempre vivas que han sido y son ideario de vida de nuestro pueblo. Toque de atención vibrante de los fieles a una España que no puede perecer ni asistir indiferente a la profanación turbia del sepulcro de su Dios, al que Unamuno llamaba Nuestro Señor Don Quijote.

La riqueza incalculable de ese espíritu español que surge de las entrañas de la tierra que abrigamos no acepta mutis prudentes, ni conoce la mordaza que la asfixie por completo.

«Ser no es resignarse a ser», dijo uno de los cerebros que más gloria nos han dado. España no se resigna. La Universidad española QUIERE SER, y lo demuestra. España se encuentra a salvo de percances prolongados, pues que un relevo consciente se anuncia para el combate, pues que las gestas gallardas de la España que no sabe de sumisiones inertes tienen continuidad digna en la juventud estudiosa que carga contra el tirano por el camino más recto...

«Recta, camino más corto entre dos puntos distantes.»

«Sí, de acuerdo, pero la línea curva...»

Y el otro, indignado: «¡Caballero! En Castilla no hay curvas...»

COMPLEMENTO

Está demostrado que todas las plumadas imaginables de todas las oficinas del universo, no producirán una espiga, una aceituna o un racimo, ni plantarán jamás un telar o un ramo de industria.

JOAQUIN COSTA

VOCES DE ESPAÑA

La reaparición de Spinoza

por E. TIERNO GALVAN

ME parece que estamos asistiendo a la reaparición de Spinoza como un pensador que nos lleva otra vez a lo fundamental. Por lo menos ocurre, a mí me ocurre, que la filosofía moderna en cuanto toma el tema de la ciencia evoca a Spinoza. A esa evocación corresponde este comentario.

Los filósofos desasosiegan por lo común, porque ofrecen demasiadas posibilidades a la reflexión. En el ámbito de la filosofía moderna, no es posible separar metafísica de abundancia intelectual. Parece incuestionable que la presencia cada vez mayor de esta abundancia es correlativa a un aumento de lo que llamamos imaginación. Según el filósofo aumenta en imaginación, aumenta en abundancia de temas y sugerencias. El crecimiento de la libertad para imaginar no atenta a la filosofía, ni siquiera a la metafísica pero las transforma: lentamente se aproximan a la obra de arte, especialmente a la novela. No creo que haya nada irreverente o de resentimiento en decir de Hegel que era un novelero. Quizá al contrario, tomando en serio el adjetivo se entienda lo que quiso decir Heidegger aconsejando una vuelta a los presocráticos, es decir a la imaginación. Desde este punto de vista, cabría decir que la filosofía moderna es en la mayoría de los casos imaginación sistematizada.

Pero el destino de las obras de imaginación está en que se acaban en sí mismas. Por las razones que sean, pues no es momento ahora de entrar en ello, la ciencia se desarrolla linealmente, aunque titubee. La imaginación se yuxtapone en obras, entre las cuales el nexo para reducirlas a sistema es una nueva obra aislada de imaginación. Hablando con propiedad sólo la ciencia tiene historia interna.

De vez en vez, en el acumulamiento de obras de imaginación sistematizada, aparece una que tiene de particular e importante que expresa la toma de conciencia de que la filosofía es una clase de novela y surge inevitablemente algo nuevo; la protesta contra la imaginación y el deseo de hacer de la filosofía una «ciencia». En estos momentos, que hasta cierto punto son momentos solemnes en la historia de la filosofía, surge una doble negación: la imaginación que niega a la imaginación y la filosofía que pretende corregirse negándose. Cada vez que aparece uno de estos pensadores rea-

parece una antigua ambición de la inteligencia: tener una filosofía de la ciencia. Pretensión a mi juicio vana, porque la filosofía de la ciencia es la propia ciencia. Pero, repito, de cuando en cuando esta ambición reaparece y, hablando en general, sólo los autores que la poseen reaparecen, porque expresan que «hay que comenzar desde otro saber que no es el filosófico para poder hacer filosofía». Y este convencimiento destructor se produce cuando el desarrollo industrial desnuda a la imaginación de utilidad y la presenta como una actividad lujosa y complementaria. Siempre que ha habido algún crecimiento industrial poderoso, algún metafísico ha acusado a la filosofía de imaginación,

LA PREOCUPACION TECNICA

Uno de estos acusadores, en su obra no hay «abundancia», es Spinoza. Cuando se refiere a la *Ethica ordine geometrico demonstrata*, quiere decir «sin dar suelta a la imaginación». Es verdad que habría de distinguir entre diversas clases de abundancia, pero insisto en que la abundancia retórica de la dispersión es ajena a Spinoza. Mi tesis, repetiré una vez más, consiste en admitir que en los períodos de desarrollo económico siempre ha habido en el seno de la comunidad que se desarrolla algún pensador que ha pretendido hacer de la filosofía una ciencia o una filosofía de la ciencia. El caso más claro es el de Hobbes que vivió el auge económico inglés de gran parte del siglo XVII, pero el que requiere mayor atención, porque ofrece alguna mayor dificultad, es el de Spinoza. A mi juicio la observación por parte de Spinoza de la sociedad burguesa de los Países Bajos y la preocupación técnica constante por la legalidad de los fenómenos naturales le llevan a:

1º A identificar Dios con naturaleza. Cualquiera que sea el alcance que demos a la expresión *natura* parece incuestionable que Spinoza se refiere a la *natura naturans*, y que la interpreta según la famosa prueba del corolario II de la proposición XLIV de la parte 2ª de la *Ética*. «Es propio de la naturaleza de la razón, en efecto, considerar las cosas como necesarias y no como contingentes. Pero esta necesidad de las cosas la percibe verdaderamente, esto es como es en sí.»

Las ciencias naturales se han apoyado sistemáticamente en esta idea y es difícil de entender por qué razón, los supuestos esenciales de Spinoza no

se han vinculado estrictamente al pensamiento científico. Que esté en la naturaleza de la razón considerar las cosas no como contingentes sino como necesarias, parece que ha sido el punto de partida más general del pensamiento científico moderno, en cuanto se vincula a la matemática y se orienta según la cuantificación.

2º En segundo lugar la negación de la trascendencia en cuanto condición de la divinidad, sin la cual la divinidad, en el sentido cristiano, no es concebible, «paganiza» el pensamiento spinoziano, poniendo por primera vez sobre el tapete la cuestión de una fe religiosa pura cuyo contenido fuese lo mundanal, sin ninguna apoyatura en lo trascendente.

Esta idea, que es connatural con un budista, por ejemplo, resulta muy difícil de entender para un occidental durante siglos a la idea de trascendencia.

Sin embargo la paulatina trivialización del cristianismo y la aparición de la mística de lo mundanal —el caso de Wittgenstein no es el único— dan un nuevo auge al pensamiento de Spinoza desde un ángulo hasta cierto punto inédito, pues nos lo traen como la posibilidad de una religiosidad en la que la vivencia religiosa no necesita de Dios.

Si añadimos la acusación implícita en su filosofía contra la filosofía, pues en última instancia la razón legalizando la realidad —de la que forma parte la propia razón— hará innecesario el conjeturar y el añadir como modos del pensamiento imaginativo filosófico, Spinoza es un coetáneo. Plantea nuestras cuestiones más apremiantes. ¿se legitima intelectualmente una actividad filosófica que no recaiga sobre el saber científico? En caso contrario ¿a qué nueva legitimación debe acudir? Y por último, ¿qué significa una vivencia religiosa sin Dios?

SPINOZA, CONTEMPORANEO NUESTRO

La cuestión planteada al principio reaparece cuando decimos que Spinoza es nuestro coetáneo por la similitud de las condiciones objetivas. Durante el siglo XVII se produjo en Europa un auge científico —en conexión con el desarrollo económico de las potencias principalmente marítimas— que planteó la cuestión de cómo trasponer a las disciplinas cuyo contenido no eran experimentos

cuantificables, el método más riguroso y, de ser posible, la propia estructura del método matemático. Detrás de esta pretensión no hay duda que se esconde una gran desconfianza y en este sentido una acusación, como decíamos al principio.

Parece que en los momentos punta del proceso histórico de la ciencia el pensador que desconfía y acusa se parece a los otros pensadores que han desconfiado y acusado en una característica que sin duda procede de la repetición de determinadas condiciones estructurales; la objetividad de la imaginación sistematizada. Se repite, en términos generales, la crítica de Aristóteles a Platón. Ahora estamos en uno de esos momentos y nuestra conciencia de quiénes fueron realmente los pensadores que sostuvieron esta actividad se ha agudizado. Hasta tal punto se agudizó que Spinoza —fuente de tanta novelaría— reaparece como un investigador empeñado en seguir «el camino seguro de la ciencia». El *Tractatus de Intellectus Emendatione* se suele traducir en el sentido de «tratado para el perfeccionamiento de la inteligencia» (Los ingleses dicen *On improvement of the Understanding*).

Se vislumbra un nuevo Spinoza al que habrá que estudiar desde un nuevo punto de vista; el creador de un sistema que pretendió que fuera coherente, poderoso, resistente, hasta el punto de no necesitar de ningún elemento ajeno al sistema. Cuando algún lógico exponga el sistema de Spinoza en símbolos, encontraremos un ejemplo excepcional de posibilidades de formalización de la filosofía excluyendo el lenguaje ajeno a la notación lógica.

Es singular que, cuatro siglos transcurridos, aparezca filósofo de la ciencia quien se ha solido ver como un metafísico imaginativo. No se trata tan sólo de un ejemplo más de la tendencia generalizada en su época, de que hablábamos en un principio, de trasponer el método matemático a disciplinas cuya base está en el sentido común. En Spinoza, y en el propio Gassendi, la cuestión llega más a fondo: se trata de saber si la inteligencia puede perfeccionarse (en el sentido de *perficere*) hasta el punto de que la comprensión del fenómeno intelectual, diríamos que se trata de saber si se puede llegar a un estadio en que mecánica y dialéctica se confundan, por el imperio inexcusable del progreso científico.

Madrid, octubre, 1965.

«Poco o nada se inventa y en lo que más importa se ha de tener por sospechosa cualquier novedad».

GRACIAN

DE LA HIPOTESIS A LAS REALIDADES

Parlamentarismo y revolución

por SEVERINO CAMPOS

QUEDA fuera de toda duda que el socialismo autoritario, democrático o dictatorial, retiró sus principales premisas históricas. Las hipótesis políticas, que fueron las razones de atracción popular, especialmente en las filas del proletariado, cotizan muy poco valor en los tiempos modernos. Llegados a la atalaya gubernamental, los exégetas del ideal empezaron a ver los problemas muy distintamente. El imperismo impuso otros puntos de vista, otras tácticas bastante incompatibles con los preceptos originales.

Ninguna concepción del gubernamentalismo, como la socialista, ha puesto tan en claro que las etiquetas estatales son sutilezas transitorias; la realidad, por encima, y más allá de lo pasajero, es la permanencia y exaltación del Estado. Este es uno de los principales exponentes donde puede hallarse el valor de los métodos políticos.

Para todas las expresiones de autoridad política, el denominador común es el mismo. Con Parlamento o sin él, el Estado funciona y ejecuta; en el margen de su existencia, garantizadas sus facultades esenciales y tradicionales, resulta de poca importancia si los elementos que utiliza, como sus representantes y defensores, son obreros, clase media o plutócratas. Ya es algo indiscutible que, elementos de origen plebeyo, cuando llegaron a las cumbres del Poder fueron tan celosos de éste como cualquier César.

Tal conclusión nos indica que los tenues exponentes de matiz gubernamental, caracterizados con frecuencia con signos prometedores, no son ajenos a la médula estatal; cuando son sometidos a las realidades de la vida, cuando el pensamiento los aquilata a la luz de la experiencia, sin pasión exaltada, se llega a la conclusión de que esos cambios son variaciones de un mismo género.

Las pautas sugeridas para llegar a la práctica gubernamental son muchas y distintas; para el proletariado, la consecución de su emancipación sólo tiene un camino. Nada se logra meciéndose en los brazos de la fe; el problema es de estudio y de experiencia. La historia dispone de todos los elementos que nos pueden ilustrar suficientemente; nuestra vida de relación, y de trabajo, nos ofrece pruebas que nada ni nadie puede negar.

El método revolucionario es la aplicación científica que resuelve los problemas por los mismos que

los sienten; es una expresión del derecho y de la justicia que a todos nos corresponde. Las representaciones mistifican las intenciones y voluntad de quienes las elevan: Igual en política que en religión. En el Parlamento se desvanecen todos los proyectos que se formularon entre el intelecto de los políticos y el calor ilusorio del pueblo; la Iglesia impregna de confianza a los incautos, para la compensación extraterrenal de quienes mantengan la fe en grado elevado. Parlamento e Iglesia son antros representativos, altares de la fe, entidades opuestas a la revolución.

Como realidad y promesa manumisora, para los hombres de voluntad generosa, queda el factor revolución. También el método revolucionario tiene sus variaciones, que obedecen a la misma causa y están destinadas a parecidos efectos. Todo cambio que confirma progresión, que eleva el grado de justicia, son resultados del impulso directo que el pueblo determina a las tareas de necesidad social.

La sedición no es sinónimo de revolución progresista: tanto como los que ponen empeño en una transformación justiciera, son sediciosos los de criterio conservador o retrógrado. Siempre, para liberarse de las trabas estatales, a toda realización, o conquista de libertad, precede un estado de ánimo que se enfrenta con lo que es motivo de sujeción. Esa tensión es igualmente voluntad de los que impulsan a la Humanidad hacia el futuro libertario, como de los que la fuerzan para retroceder.

De todas las aplicaciones de lucha política, la del socialismo es la más confusa y errónea. Sus partidarios, al lanzarse por el camino de las transformaciones, debieron renunciar a la cláusula donde consignan que su meta es la anulación del Estado. Al ofrecer esa promesa se desconocieron a sí mismos. Los llamados demócratas, más benignos que sus hermanos dictadores en el uso gubernamental, no pueden renunciar al uso de parlamentarismo. El Estado los hizo prisioneros de las comodidades que ofrece a sus buenos servidores; desde ese recinto, los intereses privados, de casta o de secta, quedan garantizados para sus acreedores. De ahí, la revolución vive ausente completamente.

No hay un solo país, por lo menos en Europa, donde el socialismo no haya ocupado gradas parlamentarias. ¿Su obra efectiva? Nula. La trayectoria ha sido de colaboración y protección a los in-

tereses burgueses; las reformas constitucionales nunca fueron más allá de lo que los trabajadores afianzaron por su propia iniciativa e impulso.

Por el contrario, los socialistas de relieve, al familiarizarse con los preceptos gubernamentales, al ser consecuentes con las tareas parlamentarias y legislativas, forzosamente tenían que pasar a ser polo opuesto de los derechos y peticiones del pueblo. En consecuencia, y desde este momento, la acción del socialismo resulta infecunda para las elementales y efectivas tareas de transformación.

El parlamentarismo ha puesto en uso todos sus recursos de vitalidad gubernamental; siempre fue un tejer y destejer de los gobernantes, que para el uso de esas facultades se iban reemplazando. En esos trances, el verbo revolucionario, en labios de los socialistas cuando se hallas en la oposición, nunca dejó de ser demoledor y constructor. Y jamás, al gozar las prerrogativas del Poder, hicieron nada que el pueblo saludara como conquistas de sus derechos.

Como arma de transformación social, el parlamentarismo confirmó su esterilidad; contribuyó a la conservación de condiciones políticas antagónicas a los derechos populares, y fue factor impulsivo de acción inmisericorde contra el clamor de base popular. Siempre bastó que el pueblo propiciara alguna reivindicación para que el Poder, de cualquier clase que fuera, obtaculizara su consecución. Ello nos faculta para decir, previas todas las comprobaciones históricas, que si por revolución se entiende modificación fundamental de las instituciones sociales, el parlamentarismo tiene un rol contrarrevolucionario.

Nunca los socialistas quisieron ver esa realidad; quizá no supieran verla. Lo cierto es que van a cerrar un ciclo histórico, de unos preceptos de aplicación política que se les advirtió eran auxiliares de lo que decían pretender combatir. Y, por vía de consecuencia, la finalidad gubernamental del socialismo no podía sustanciarse con otra conclusión que el descrédito de sus postulados y de sus figuras prominentes.

Abundan los testimonios que la historia ofrece sobre el particular; la corrupción de los elementos que se erigen en innovadores, por la acción parlamentaria, tiene su origen en los afanes de dominio gubernamental. Agustín Hamon, sociólogo que reputamos de opiniones bastante acertadas, en su libro titulado «El Movimiento Obrero en Gran Bretaña. El Socialismo Francés», entre otras cosas de sumo interés nos dice:

«Las derrotas de Francia, la invasión de una gran parte de territorio durante los primeros meses, obraron sobre el conjunto de los socialistas así como sobre sus líderes. Se vieron de este modo conducidos a la aceptación de «la Unión sagrada», es decir, al cese de las luchas políticas entre partidos y opiniones adversas. De «la Unión sagrada» debía derivar la política de colaboración de clases. Se la vió practicar abiertamente cuando el gobierno francés contó primero con dos, seguidamente con tres ministros socialistas: Marcelo Sembat, Julio Guesde y Alberto Tomás».

«La política gubernamental fue tal, que nadie habría podido decir que había socialistas en el ministerio. En lugar de influir sobre la política, obligando a demodratizarla, dejaron a los diversos gobiernos de que formaron parte desarrollar una política reaccionaria, menos liberal que la de los gobiernos ingleses».

De la misma, o magnitud superior, podríamos citar abundantes pasajes de la obra citada. Pero, ¿es fase inicial la que no sufre Francia al respecto? No. El rol doctrinario internacional tiene un antecedente a lo que hicieron los franceses. El proceso de actuación parlamentaria del socialismo en Alemania debería motivar concienzudo análisis; es el campo político que ofrece más pruebas que ninguno, de cómo han fecundado los más grandes errores y cosecharon los frutos más amargos.

La actuación de los socialistas de otras partes del mundo, caminando sobre una pauta invariable de la propia doctrina, es un reflejo de lo proyectado y efectuado por alemanes y franceses. Pesaron tanto esas influencias, que donde quiera que el socialismo estatal fomentó militancia política, y no obstante concurrir características populares distintas, en ningún lugar pudieron sustraerse a lo que los alemanes erigieron como evangelio. Prolongar la participación gubernamental significó olvido de sus proyectos originales; participar en las tareas parlamentarias motivó la renuncia a la acción directa y revolucionaria.

Sobre esa línea, e impulsados por el sentimiento de teología estatal, el socialismo se incapacitó definitivamente para las tareas de manumisión proletaria y humana. Preconizando la necesidad de conquistar el Poder, por las mismas vías de instituciones y normas burguesas, inutilizó los pocos recursos de lucha, con los cuales hubiera podido aportar a la historia algo eficaz. De ahí que, en nombre de su doctrina, por aquellos comprometidos en las redes estatales, nada práctico y efectivo construirán, si algún exponente excepcional se lleva a cabo, se deberá solamente al impulso de su base, cuando ésta tenga la audaciade incontrolarse de los líderes que patrocinan la dirección.

Tiempo ha que, por las razones que venimos señalando, las zonas específicas de influencia socialista quedaron sin iniciativa ni arrestos revolucionarios. La élite intelectual ha ido distanciándose de los elementos de base; el perfil de dos clases, en el seno del mismo marco socialista, es una realidad innegable. Las sugerencias de arriba, de «los superiores intelectualmente», neutralizan y ahogan los impulsos de la masa. Dada la conducta doctrinaria, con el uso de tácticas antagónicas, los resultados no podían ser otros que los que vemos.

Entre los que ocupan las gradas parlamentarias, y los que asiduamente concurren a los lugares de trabajo, no puede haber comunidad de sentimientos; la comodidad y la holganza engendran ideas muy diferentes a las que engendra el sufrimiento. Desde que el socialismo llegó al Poder, ese conjunto de trabajadores, que por necesidad de salario frecuentan la fábrica, el taller y el campo, quedó huérfano de lo que estimaba afectos de paternidad ideo-

lógica. Como consecuencia, la idea de la revolución solo queda latente en la esfera de los explotados.

No es extraño, pues, ante incompatibilidades de tal magnitud, que en determinados momentos el socialismo se tradujera en dos foscas antepuestas: Los obreros, vibrando por su defensa, por sus derechos de clase, haciendo honor a la causa inicial de su movimiento ideológico, y la élite intelectual, orientada por ambiciones políticas y económicas de orden particular. Esas diferencias adquieren mayor magnitud a medida que aumenta la proporción de acomodados en el presupuesto gubernamental.

Puestos en marcha sobre esa pauta, el hábito adquiere más potencia que la proyección de programas revolucionarios. La tendencia natural de todo movimiento humano es superarse; y los socialistas no podían sostener un bloque homogéneo, con expresión de prosperidad general, abarcando dos métodos de lucha que se niegan recíprocamente el derecho a vivir. De ahí que tenía que surgir, indefectiblemente, el desglose, la separación de fuerzas humanas, cuya convivencia resulta imposible por no vibrar al unísono.

De tal manera, con la denominación de socialistas vemos agitarse pensamientos diversos, repelentes, de finalidad nada común. No se tiene en cuenta el sentido que entraña cada una de las palabras. Y se constata, con frecuencia, que la expresión del verbo que esgrimen como auxiliar, no expresa lo que se hace o se quiere hacer.

¿Qué significa, por ejemplo, la denominación «Social Cristianos»? ¿Qué alcance tiene la de «Social Demócratas»? ¿Hacia dónde se dirigen los socialistas revolucionarios? ¿Cuál es la meta de ese movimiento que se llama «Socialismo y Libertad»?

Ninguna de esas denominaciones, con su programa respectivo, está en equivalencia con el sentido político que practica. En los Social Cristianos, cualquiera que tenga nociones de lo que fueron los orígenes del Cristianismo puede suponer se encaminan a la socialización de bienes, de esfuerzo y de medios de subsistencia. Esto, por sí, representarían tres fuertes columnas de seguridad social que reducirían, en parte considerable, las objeciones que los anarquistas hacemos a todos los sistemas que no son el nuestro.

Sin embargo, los Social Cristianos, por su conducta personal, por su actuación política, y por sus métodos gubernamentales, son negación flagrante de las virtudes que su anagrama simboliza. Consideran que la propiedad privada es sagrada e inviolable; reputando como sagrados los fabulosos bienes que el clero adquirió, al través de procedimientos inhumanos y embrutecedores, cultivan la explotación del hombre por el hombre, legitiman la miseria y las grandes riquezas apoyándose en los mandamientos de Dios y en las determinaciones parlamentarias.

Frente a unos y otros, ¿qué cabe hacer? Toda especulación, sobre algo hipotéticamente utilizable en esas esferas de conducta política, es nula para los efectos de justicia social. La revolución manumiso-ra, la que opera teniendo en cuenta los derechos de toda criatura humana, está tanto en contra de la Iglesia como del Parlamento. Las soluciones que interesan, las que pueden sellar el desenvolvimiento social con el signo de paz y progreso, solo pueden originarse en la conciencia de las gentes laboriosas que proclamen la revolución liberadora.

LA VOLUNTAD

por
FLOREAL OCAÑA

(CONTINUACION)

Ciertamente, lo natural y vital en todas las manifestaciones de la Vida Cósmica es el **principio de libertad** —y no «leyes» como consideramos haber demostrado en anteriores escritos publicados en CENIT— sea de modo **indeterminado** o **determinado** por el Hombre o por otros seres **conscientes**, tan o más evolucionados que el habitante del planeta Tierra, que no dudamos viven en astros de nuestra galaxia y de otras galaxias, en los que las condiciones biológicas permiten el nacimiento y desarrollo de flora y fauna.

En el Cosmos el **principio de libertad**, repetimos, se manifiesta de manera **casual**, indeterminada, pero el Hombre, pensando y obrando en **buen sen-**

tido humanista libertario, puede determinar encauzarlo a **conciencia**, **consciente** y **convenientemente** para conquistar la Felicidad. Bien clara es, pues, la significación de la actitud de los ácratas defendiendo el **principio de libertad** en la organización de las sociedades humanas: laborar en favor de la verdadera Armonía Universal.

En 1936-39 los libertarios intentamos incitarla —la logramos en parte— en algunas regiones de España, particularmente en Aragón y en Cataluña, en las que nuestra influencia moral y armada era mayoritaria. Pero las fuerzas internas y externas del mundo autoritario no nos permitieron hacer el ensayo total, sin violencias, porque sabían que las experiencias sociales, económicas y pedagógicas, comunistas libertarias, antidictatoriales y antiesta-

tales, hubieran tenido pleno éxito y servido de ejemplo a todo el mundo laborioso que ansia vivir en Paz.

Después de lo que vivimos en España, en los precitados años, que nos costó docenas de miles de vidas libertarias, y teniendo en cuenta cuán libres y felices pudimos vivir de no haber intervenido la reacción internacional, desde Hitler a Mussolini, pasando por Blum, el Tío Sam y Stalin, que entonces era el dictador en Rusia, ya no puede decirse que **Acracia** es una lejana utopía por no decir, sus enemigos seculares, que jamás podrá vivirse. Los gobernantes citados, entre otros, contribuyeron, de forma más o menos directa y aviesa, al triunfo de la anti-España representada por el régimen franquista. Y la prensa y los escritores de todo el mundo autoritario silenciando **tarias** —mientras tanto hablan del falso comunismo de Krushev, que es sólo capitalismo de Estado—, prueban que prefieren se ignoren, y continúan considerándose, todos —salvo alguna honrosa excepción—, viles cómplices del crimen cometido contra la España Quijote representada por la Confederación Nacional del Trabajo de España —a la que se enorgullece pertenecer el firmante desde el año de 1916, teniendo doce años de edad— que defiende el Comunismo Libertario, la Federación Anarquista Ibérica y las Juventudes Libertarias. Estas organizaciones son símbolo de la España humanista y rebelde, de la España que trabaja y piensa, de la España social que es decir sociable, antipolítica, opuesta a la explotación y a la dominación del hombre por el hombre, de la España Quijote, de la verdadera España progresiva que volverá a levantarse y a combatir, con denuedo por la Libertad.

En el «Universo Social», **Acracia** representa, pues, lo estético y lo ético, lo positivo y lo humanístico, todo lo bello por justo o lo justo por bello, todo lo bueno, lo ideal, lo verdaderamente ideal, por noble y elevado, de nuestra especie que podrá vivirlo, ampliamente, cuando todos o la mayoría de sus componentes lo decidamos. Decidirse por esta conducta significa abogar y luchar por la Felicidad y la Vida consciente y longeva del género humano mientras que todos los regímenes, de no importa qué color autoritario, acarrearán el «Dolor Universal» y la muerte prematura de la mayoría de nuestros semejantes.

Ya ningún ser humano debiera dudar entre decidirse por **Acracia** o por la Autoridad, que son esencialmente antagónicas. Esta, igual a violencia organizada, cosa extraña a la Naturaleza, maligna invención del sujeto inhumano, simboliza lo negativo y lo cruel, todo lo feo por injusto o a lo injusto con sus horribles fealdades: miserias de todas las clases, de origen social y psicológico, y por lo tanto evitables, y guerras, lo inmoral, todo lo malo, dicho en una palabra, que hemos de hacer desaparecer de la vida de las sociedades humanas.

Por otra parte, consideramos error mayúsculo, el peor y más grave de los errores que algunos **deterministas-mecanicistas** cometen, seguir hablando y escribiendo como si **Acracia** se basara, casi total-

mente, en el **determinismo** que sólo ha sido un medio transitorio de lucha y por la Libertad y la Verdad. Ved sino cómo un doctor «contradictor» concidiendo con el director de la revista que también nos «contradice» — sigue defendiendo que «el **determinismo** es fundamento acrático».

Se pretende, gratuitamente, ligar la vida misma de **Acracia** a la del **determinismo**. ¡Pero si aquella ni ayer ni hoy lo necesitó ni lo necesita para mantener su razón de ser! Es tiempo que los **deterministas-mecanicistas** y todos nuestros semejantes comprendan, de una vez, tan bien como lo comprendemos nosotros, con claridad meridiana, que lo fundamental de las ideas libertarias es su **ética humanista** y el **principio de libertad**. Se complementan y representan los valores permanentes de **Acracia** como en la enseñanza la **ética pedagógica racionalista** y **humanitaria** de la **Escuela Moderna** es lo perenne aunque en el transcurso del tiempo vayan apareciendo y admitiéndose medios más modernos o más prácticos para instruir o enseñar que son transitorios. Estos pasan, y aquella queda permanentemente.

Esto es lo que les cuesta todavía comprender a ciertos **deterministas-mecanicistas**: la **transitoriedad** del **determinismo**, y el que haya acabado la efectividad del mismo en la lucha ética e intelectual. En anteriores escritos creemos haber demostrado que la causa libertaria, que es decir de la Humanidad, cuenta hoy con todas las razones morales y científicas del mundo. ¡Qué más puede desear el sujeto **positivista** más exigente llámese o no **determinista**! El que talmente se llama no lo es por arte de birlibirloque: lo es porque las tendencias mentales **deterministas-mecanicistas** las fortaleció con los hábitos correspondientes, como ocurre con todas las tendencias que arraigan en la naturaleza humana. Pero aquellas, adquiridas **voluntariamente**, pueden ser igualmente eliminadas por el sujeto si se lo propone. Ni más ni menos. Así procedimos nosotros. Y ahórrense los **deterministas** decir —o digan si les place para la satisfacción de sus oídos— que las suyas no las adquirieron porque **quisieron**, por propia **voluntad**, pues nadie los creería.

Bien sabemos, por propia experiencia, que una vez adquiridas ciertas conductas o tendencias psíquicas y mentales se hace difícil anularlas; pero consideramos que los **deterministas-positivistas**, por el fin mismo que siempre han deseado alcanzar, en cualquier actividad humana: la Verdad, tienen el deber de hacer los esfuerzos precisos para desprenderse de aquellas. Piensen en que si adquirieron unas tendencias que les impiden adquirir otras superiores quiere decir que las primeras están demás. ¿Por qué no proceden, pues, en consecuencia?

¿No quieren dejar de llamarse **deterministas**? Conserven el nombre si les place: pero vayan ampliando el **determinismo** tan ampliamente como se ha ampliado el saber del Hombre. Así al menos iniciarán la lucha por sustituir, paulatinamente, sin violentarse, unos hábitos mentales por otros más eficaces por ser más normales, por estar más

de acuerdo con la Naturaleza humana y universal. E insensible y naturalmente se desarrollará el proceso **psicológico** que invadiendo todo su ser **sensible** y pensante los hará reaccionar y terminar con las tendencias **deterministas-mecanicistas** que están impidiendo la expansión y buena conducción de todas, de absolutamente todas sus energías nerviosas.

Ha sonado la hora, a nuestro entender, de dejar a un lado toda la concepción doctrinal mecanicista del **determinismo** por no precisarla ya los libertarios, por sernos más bien un estorbo en nuestra marcha hacia un mundo mejor, más libre. Basta con que seamos humanistas libertarios, **ácratas**, porque nuestro ideal engloba todo lo que se refiere a la Libertad y a la Humanidad, a la Ciencia y al Bien de nuestra especie.

¡No más circunscribirse al **determinismo** que cumplió su loable misión histórica frente a las fuerzas retrógradas de todas las clases! ¡Nada de obstinarse en permnacer encerrados en aquél! Ventanas más abiertas que nunca hacia todos los horizontes dejando penetrar por ellas todas las inquietudes y saberes nuevos, todo lo vivificante! Abrámoslas como las abrieron también, ampliamente, de acuerdo con los conocimientos científicos de su época. los Proudhon, los Bakunin, los Reclus, los Kropotkin, los Nettlau, los Malatesta, los Sebastián Faure, los Anselmo Lorenzo, los Ricardo Mella, etc. Si estos preclaros teóricos de nuestro ideal vivieran las abrirían más resueltamente, con las energías que nos faltan a nosotros. Sin embargo, sus afines, en nuestros días, tenemos el deber ineludible de hacerlo, en la medida de nuestras fuerzas, como nos lo piden, aquellos mismos, con el ejemplo de las conductas que observaron en vida, tan fuertemente como si pudieran pedirnoslo a viva voz.

Por consiguiente, los sujetos que tildan, por error unos y aviesamente otros, de anticuadas las ideas expuestas por los Kropotkin, los Bakunin y los Reclus, y hablan de «rasparles» las barbas, vean que lo que tendrán que «raspar», en verdad, es todo lo que de politicismo y estatismo tienen pegado a sus conductas, que sus sedicentes nuevas concepciones, revueltas con elementos autoritarios, son las viejas, las rechazadas por las experiencias de todos los tiempos, y por la Ciencia hoy con mayor energía que las combatió y las rechazó Kropotkin por obstruir la marcha de los hombres y de los pueblos hacia su emancipación integral.

Acracia es ideal perenne, repetimos, mientras viva el Hombre sobre el planeta Tierra, porque se basa en las Ciencias Biológicas, las de la Vida que se desenvuelve en medio del **principio de libertad** de valor cósmico indestructible.

Así como en el Cosmos toda la materia armoniza, relativamente, con la forma de ser del mis-

mo, interpretando y practicando **Acracia** ningún factor ni elemento alguno puede ser opuesto a los principios y fines que persigue por caminos de libertad, únicos que pueden conducirnos, a los seres humanos, a la Libertad misma y al disfrute de Bienestar equitativo. Por los milenarios viejos caminos estatales, trazados por la Autoridad, por atractivos que ésta u otros llamados reformadores o «innovadores» nos los presenten, los Pueblos seguirán extraviándose, alejándose de la Libertad y sufriendo tiranías, desigualdades sociales, económicas y culturales, y guerras.

Comprobamos, pues, que la lección más sabia nos la da, «calladamente», el mismo Cosmos. En el Espacio toda la materia se reparte, se mueve y se transforma natural y libremente. Nada queda excluido de los beneficios vitales del Cosmos a la disposición, por igual, de todas sus partes como éstas están, también, entregadas a aquél, enteramente, dando lugar a maravillosas combinaciones **indeterminadas** de la materia. ¡Y cuán más maravillosa será la Felicidad de los seres humanos cuando combinen sus energías **conscientes**, todo su ingenio inventivo y constructivo para lograr el mayor bien para cada uno y para todos, en general, sin excluir a ningún semejante al goce normal de los bienes que pertenecen a todas las generaciones y no a clases privilegiadas que los detentan en perjuicio de la inmensa mayoría de nuestros congéneres!

Los seres humanos, con **conciencia moral** elevada, humanísima, obrando **conscientemente**, con la seguridad que no puede actuar la materia que nos rodea ni los individuos de las demás especies, podemos establecer la Armonía Universal. Esta depende de que nos decidamos a practicar el «uno para todos y todos para uno» principio de sociabilidad y de solidaridad, de fraternidad humana y de ayuda mutua, cultivador del altruismo individual y social, al que se opone el «uno contra todos y contra uno» defendido por el anti-natural, anti-biológico, in-humano e inmoral **principio de autoridad** base fundamental de todas las doctrinas religiosas y políticas generadoras de los egoísmos inferiores, crueles.

La «Ciencia Moderna» continúa dando al **acratismo** toda la importancia y el buen crédito que siempre tuvo. Afirma, en nuestros días, con más razones que ayer, si cabe, la perennidad y la universalidad de sus ideas fundamentales éticas y estéticas, científicas y sociales, humanistas y culturales, de **buena cultura**, en general, que se inspira en la Vida Cósmica y, en particular, en las necesidades biológicas y psicológicas de la especie humana que son los valores o intereses comunes superiores contra los que atenta, permanentemente, la Autoridad, con despotismo y crueldad.



Ayuntamiento de Madrid

MANUAL DEL GRANO DE MOSTAZA

(Viene de la página 4684.)

—¿A quién pertenecer para estar seguro del camino?
 —A tí mismo dejando de pensar en tí como objetivo.
 —¿Cuándo me sucederá esto?
 —Cuando seas sabio.
 —¿Cómo expresar mi sabiduría?
 —Toda forma de expresión es buena si la anima la sana intención adquirida en tal proceso.
 —¿Cuándo deja el sabio de serlo?
 —Cuando amparado por su reputación, título e indumentaria se cree en la meta de su ideal.
 —¿Qué sucede entonces?
 —Lo que ves en derredor tuyo: abominación.
 —¿Qué hacer ante la abominación?
 —Apartarte de ella.
 —¿Y si eso no aporta?
 —No importa.
 —¿Y si estoy de acuerdo y lo proclamo?
 —Será pernicioso si no lo vives.
 —¿Cuál ha de ser en definitiva el objetivo?
 —Lo que jamás se alcanza.
 —Entonces, ¿por qué buscarlo?
 —Porque correr hacia él es escapar de todas corrupciones y en esa carrera vital radica la eternidad.
 —¿Es que la eternidad no es una prolongación en el tiempo, tras la muerte?
 —No; sino una calidad de vida, sin duda alguna imperecedera; pero que no se conquista más que en vida, entregando a la Vida nuestra razón de ser.
 —¿Y qué espera la Vida de nosotros?
 —Nuestra consubstancialidad y colaboración voluntaria e íntegra.
 —¿Por qué no se conforma con el culto?
 —Porque el culto irracional es abominable.
 —¿A qué llamas culto racional?
 —A la cuidadosa conservación de la calidad eterna, sustentada por la savia vital mientras hay equilibrio y armonía, a la que gratuitamente pertenecemos en Unidad suma.
 —¿Por qué no vendes tus conocimientos?
 —La Vida es gratuita: de balde la recibimos, de balde la damos.
 —¿Por qué no nombras a Dios?
 —Porque los hombres han volatilizado la virtud de los nombres en la práctica convencional de todos los ismos.
 —¿Y el Humanismo?
 —Como el Cristianismo, el Comunismo: todo lo mismo.
 —¿Y las acias?
 —También tienen sus gracias.
 —¿Y el Hombre?
 —¡Ah, el Hombre! Lograr su eternidad es la condición de la Verdad Eterna.
 —¿Cuándo?
 —Ahora.

—¿Quién posee la Verdad?
 —Quien menos lo parece si miras la apariencia.
 —¿Dónde debe hallarse el sabio?
 —Entre ignorantes.
 —¿Cómo tratar a un ignorante?
 —Como a un sabio.
 —¿Y si se cree un sabio?
 —Como a un necio.
 —¿Qué libro darle a leer para iniciarlo en la Verdad.
 —Mostrarle la Vida en la nuestra.
 —¿Y si está ocupado en ganarla?
 —La perderá.
 —¿Entonces?
 —El corazón es una academia permanente y ambulante, y por ser el que dirige tus manos, es donde están tus manos el lugar señalado para dar tu magnífica lección.
 —¿Y el pan?
 —Es consecuente de la armonía general. El pan que no amarga es el que así se come.
 —¿Por qué no crear un orden nuevo?
 —Porque no hay nada nuevo sobre la faz de la tierra. El establecimiento de un nuevo orden atenta contra los órdenes armoniosos de la perfección moral de la Vida.
 —¿Y una regla?
 —Todo lo desarregla.
 —¿Y un Maestro?
 —Nada enseña si no se muestra como discípulo y servidor fiel de Vida. No de la Vida.
 —¿Y si no creo nada de lo que dices?
 —Tuya la libertad de pensar lo que te parezca.
 —¿Cuál será tu actitud?
 —Estar a la expectativa para darte la mano.
 —¿Y si eso escuece a mi amor propio?
 —Procuraré evitarlo, aunque no es culpa mía.
 —¿Y si te echo de mi lado?
 —Serás tú quien te alejes.
 —¿Y si te busco?
 —Salgo a tu encuentro.
 —¿Cuándo podré tener la luz del verdadero conocimiento?
 —Cuando estés completamente convencido de que sólo es eso lo que necesitas.
 —¿Termina aquí el Manual del Grano de Mostaza?
 —Si alguna sabiduría contiene, no; porque la sabiduría es tan infinita como eterna y sus posibilidades de expresión inconmensurables, aunque, frecuentemente, desconocidas.
 —¿Está comprendido el Amor en esa conducta?
 —Es su principio y su fin.
 —¿Y por qué no adorar al Amor?
 —Porque el Amor es para vivirlo, y adorarle no deja de ser abominación.
 —¿No crees que eres sabio enseñándome?
 —Creo que eres sabio porque preguntas.
 —¿Qué me propones?
 —Sé un Hombre entre los hombres.

Indagando a Krishnamurti

por COSTA ISCAR

AL acercarse a este hombre, otro hombre se halla ante la cumbre más alta del pensamiento liberado de todo acondicionamiento. Y no puede ser esta liberación más que no autoritaria, anárquica. Ni erudición, ni conclusiones, ni opiniones, ni síntesis, ni ideas. No hay cambio profundo en el modo de razonar si no cesa el proceso de la repetición de los viejos conceptos que forman la supuesta cultura y es la adición de los errores que acumula el hombre social en su existencia de círculos viciosos.

Nuestra época es explosiva; nuestra inteligencia, aplicada a la vida real, es la misma que hace miles de años. Al lado de esa cristalización ideológica hay una técnica prodigiosa: cálculo electrónico, viajes cósmicos a otros mundos, energía nuclear y, en biología, la proximidad del descubrimiento de la creación de la vida. La confusión de la convivencia humana espera su seguridad material en la aplicación de los progresos tecnológicos.

MANUAL DEL GRANO DE MOSTAZA

- ¿Estaré solo?
 - Estarás con la Vida.
 - ¿Vienes tú?
 - No te preocupes de mí; sólo, ámame.
 - Puesto que conoces el camino, estarás en él.
 - Conocer teóricamente no es estar prácticamente.
 - ¿Cómo sabré que vienes conmigo?
 - Sí somos Uno.
 - ¿En las mismas ligaduras?
 - No, en la misma libertad.
 - ¿Con alegría?
 - Sin duda alguna.
 - ¿Con la misma esperanza?
 - No, en la misma esperanza.
 - ¿De alcanzar algo?
 - De tenerlo todo.
 - ¿Y no basta mi simpatía por ese difícil ideal?
 - No; no sólo no basta, sino que es nociva. Pero no hay tal ideal, sino una realidad practicable e inmediata. La dificultad que encuentras estriba en la visión que tienes desde tu desequilibrio moral e inarmonía.
 - ¿Qué me garantiza esa armonía?
 - Pruébala y verás.
 - Compruebo que este Manual no puede tener fin.
 - En efecto. ¿Qué piensas?
 - Que no tengo tiempo y sí mucho que hacer.
- Gracias. Adiós.
- Gracias a ti. Hasta pronto.

Sabemos de la espantosa miseria en Asia, de las tiranías reinantes, la crueldad, la ambición, la codicia y los innumerables conflictos latentes y actuantes en el mundo.

La nueva orientación destruye todas las condiciones que impiden la expresión de la conciencia, o del discernimiento, que no es un proceso evolutivo y sí una mutación brusca.

El hombre modifica al medio y éste modifica al hombre parcialmente. Ninguna presión exterior puede hacer una transformación profunda en el hombre y sólo lo reajusta en su adaptación a lo social, valiéndose de una fe organizada o personal y así, el individuo es proyectado en la evasión de sí mismo hacia cualquier símbolo que le dicta la autoridad.

En todo caso, hay una fuerza compulsiva de la moral contra el individuo, que es causa de contradicción y de conflictos por la exigencia de la sociedad. Todo este cúmulo de disensiones son muros levantados contra toda libertad. Toda experiencia se refiere al pasado. La conciencia proyecta lo contrario de lo que es; el hombre, aferrado a los símbolos que la tradición impone, se pierde en las conjeturas de la emoción, creyendo así hallar un consuelo a su angustia, a su dolor, a su miedo, para avivar su esperanza. Se vive mecido en fantasías que se consideran realidades.

No es posible la mutación cuando se está acondicionado por las experiencias. Siempre se buscan éstas más profundas y más vastas. Y de tal modo no se vive la realidad, sino el símbolo, el concepto, el ideal. La denominada vida «espiritual» es un semillero de conflictos; se nutre de conceptos ornados de bellas palabras que contradicen los hechos. Las palabras se organizan en ideas, en pensamientos; con tales estimulantes no se hace sino crear distancias entre la realidad, tal como somos, y un ideal, que es la proyección de lo contrario de lo que somos.

Y recapitulando sobre la importancia de la mutación, se establecerá que ésta no es posible en las siguientes condiciones negativas de la vida:

Cualquier conflicto en la conciencia.

Dominación del pensamiento por la autoridad de la Iglesia o del Estado.

La experiencia personal erigida en autoridad interior.

La educación, el medio social, la tradición, la cultura y, en suma, la civilización, con todo su engranaje acondicionador.

La adaptación.

Cualquier evasión de sí mismo.

El esfuerzo hacia un acceso a la verdad absoluta, la creencia en una revelación y cualquier ideal.

La búsqueda del conocerse a sí mismo por el análisis psicológico.

Esforzarse por una mutación.

Imagen, símbolo, ideas y aun palabras... Así se llega a afirmar que si actúa el pensamiento ya no es posible la mutación.

La mutación es una explosión total en lo interior de cada recobeco inexplorado de la conciencia, en el germen, en la raíz del acondicionamiento: ¡Destrucción de lo durable! Hay que acabar con lo durable, con la concepción total del tiempo, con el pasado, el presente y el futuro. Ni sistemas, ni símbolos, ni palabras, que son factores de descomposición. Destruir el siquismo que construye el tiempo psicológico que no tiene realidad.

A los que repliquen que, ante estas negaciones, ya no les queda más que la desesperación, la angustia, el miedo de que la conciencia ha perdido todo apoyo y hasta la noción de su propia identidad, se les puede objetar que no han hecho el viaje necesario por miedo de pasar a la otra orilla.

Hay la consolación de las Iglesias, que se proclaman depositarias de verdades eternas y, en realidad sólo practican su propaganda para conquistar poder sobre las conciencias, sobre todo procuran ampararse de la infancia para mejor adoctrinarla. Las religiones de las Iglesias y las de los Estados predicán la necesidad de todas las virtudes. ¡Famosa mentira! Las religiones y los Estados tienen una historia negra, que es una continuidad de violencias, terrores, torturas y matanzas inimaginables.

En nuestra época, la religión ha dejado de ser teóricamente la comunión del hombre con dios, el dios imaginario que nunca acierta. No influye en modo alguno en los negocios y, al contrario, las organizaciones religiosas son instrumentos de dominación política y económica y nunca pueden guiar a los hombres hacia una realidad inexplicable situada en el reino de la divinidad.

Quien pretenda ampliar su conciencia, puede elegir la psicodroga que mejor le convenga.

Identificarse con el universo, gracias a una acumulación de informaciones y de conocimientos científicos sobre el átomo o las galaxias, equivale a poseer una inmensa erudición libresca sobre el amor, sin conocerlo viviente.

El hombre ultra-moderno, ilustrado de los últimos descubrimientos científicos, no ha sido capaz de destruir en sí mismo su universo inconsciente y, mientras subsista en él una parcela inconsciente, proyectará una irrealdad de símbolos y de palabras que le darán la ilusión de hallarse en comunión con algo superior, que se traduce en divinidad.

El hombre que piensa libremente, para conocerse a sí mismo, tiene que hallarse alerta para desechar todas las influencias del pasado, colectivo o personal, así como de las presiones de la actividad del presente que crea el futuro. No es una acumulación de conocimientos sobre la psicología, ni un estado de sumisión religiosa que espera la gracia. Tal disposición demuele las disciplinas impuestas

por la sociedad o por la Iglesia. Es un estado de atención y no de concentración sobre algo particular. El cerebro, tranquilo y silencioso, observa el mundo exterior y no refleja ni imaginación ni ilusión. Y es tan rápido como la vida misma, activo y sin dirección.

Desde la carreta hasta el vehículo espacial, la progresión se debe a una parte del cerebro y aunque esta zona cerebral se desarrollase todavía millones de veces, no avanzaría un paso sobre el problema fundamental que se presenta a la conciencia sobre sí misma...

Y avanzará en un proceso necesario e irreversible.

Existe también otra sección del cerebro que se halla dormida y que podemos vitalizar desde ahora, porque no es una cuestión de tiempo. Es una explosión revolucionaria que en las fuentes profundas mana hacia el exterior e impide su cristalización; que se endurezca por los detritus del pasado en una estructura psicológica. Es una lucidez que aborda cada problema en el momento en que se presenta y cuya importancia es secundaria.

La libertad y la paz no podrán instaurarse en el mundo mas que cuando este manantial del cerebro sea viviente... Es una energía sin causa, ni individual ni colectiva.

..

Hasta aquí se ha sintetizado y glosado el pensamiento de Krishnamurti, modificando algunas expresiones que han sido plasmadas en la revista «Planète» y pasando por alto otras que, sin ser confusas, no son tampoco demasiado claras, o convincentes.

La conclusión de este examen de las expresiones de Krishnamurti no es en absoluto exhaustiva, de acuerdo con las preguntas a que lo sometió Carlos Suárez en el número 14 de «Planète».

Se puede deducir de las expresiones de Krishnamurti, en su acción vital y en su palabra armoniosas, este magnífico dilema ante el mundo: «O anarquía o nada»... Y que los rabadanos intelectuales, que dirigen el rebaño humano, no empleen el principio anárquico en su sentido peyorativo y falso, sino en el único sentido edificante de «no autoridad»... Que cada uno llegue a gobernarse a sí mismo en armoniosa cooperación con los demás.

Al proponer anarquía o nada y conociendo la cristalización de las ideas autoritarias que dominan al mundo, se llega a la afirmación de que la «nada» es el seguimiento del camino hacia la cima que viene ahondando la autoridad con sus depredaciones, violencias y crímenes que forman su cetro.

Hipotéticamente, la anarquía sería la recreación del hombre para su convivencia social equilibrada en la relación biológica con los demás hombres que hiciesen de toda la tierra una sola población humana... Esta divagación no evita que el mundo siga su marcha inexorable hacia catástrofes imprevisibles.

La autoridad y su ridículo remedio el autoritarismo son los permanentes enemigos que el hombre creó y sostiene para su propio mal y el de su especie... ¡Sí, AN-ARQUIA o NADA!

Las huellas de un peregrino: EUGEN RELGIS

Por COSME PAULES

(CONTINUACION)

CON PHILEAS LEBESQUE, EL «POETA LABRADOR»:

«...Cuando entró Phileas Lebesque, con su andar lento y pesado, he reconocido ese tipo labriego, corto de talla, rechoncho, mal a gusto en su traje de ciudad, de músculos fuertes, un poco encogido por su trabajo de los campos y también por sus vigiliadas de escritor. Su mano ruda, de dedos nudosos estrechó la mía con esa cordialidad sencilla y profunda que yo había experimentado también en sus cartas. En el rostro de este vigoroso anciano, la sonrisa era difusa y a menudo radiante, en las pequeñas pupilas como dos puntos de acero. El viento y el sol habían dado una tonalidad purpúrea a sus mejillas. La frente alta, surcada por el arado del pensamiento, pero acariciada también por las brisas del ensueño. De largos cabellos, apenas encanecidos, y de perilla escasa, diáfana, como un puñado de copos sedosos, prontos a ser diseminados por encima de los campos...»

«...La máquina —prósigue Phileas Lebesque— se halla en vías de avasallar al mundo, mientras que en el espíritu de sus inventores debía servir para liberarlo. Ahora bien, los inventores han vivido pobres, e incluso algunos se han muerto de hambre. Las maravillas que crearon han sido captadas por hombres preocupados únicamente por beneficios personales y no por el bienestar general...» «...Así —y Lebesque esbozó el gesto de una conclusión lógica— será preparada fructuosamente la vida social futura, que debe realizar la síntesis entre la materia y el espíritu, asegurando la supremacía de este último, esto es, su completa independencia. Pensemos en las catástrofes que el maquinismo sin contrapeso puede reservarnos mañana. Aún es posible conjurarlas, sin duda, pero no hay tiempo que perder. ¿Y quién sabe si la salvación de la humanidad no exigirá mártires una vez más...? Esforcémonos, en todo caso, en hacerlo reconocer a sus verdaderas élites y rehusemos a la fuerza bruta todo género de culto. Hay tres cosas primitivamente contemporáneas: el Hombre, la Libertad y la Luz, dicen las Triadas bárdicas...» p. 327-328-331.

EN EL BULEVAR POISSONNIERES:

«En el bulevar Poissonnières. La fachada de *Le Matin* es purpúrea y ostentosa. Para poder consul-

tar allí una colección, necesito más formalidades que para pasar la frontera. En vano busco algunos artículos perdidos entre los grandes titulares que pretenden ser todos sensacionales, y avisos que también llegaron a ser inútiles. Al bajar las escaleras, observo los talleres tipográficos, la cincografía, los teléfonos y las ventanillas. ¡Qué caja de resonancia de todos los sucesos mundiales es un gran cotidiano! Pero, en alguna parte, en una oficina acolchada, algunos mandarines ejercen esa astuta censura, esa atenuación o falsificación de la verdad, según órdenes dadas por otros amos, abrigados en los ministerios, bancos y sociedades anónimas...» p. 33q-337.

BANVILLE D'HOSTEL:

«...Si —decía Banville d'Hostel— alcemos la mirada por encima de los cepejones arrancados por la tempestad, por encima de los valles asolados, hacia las cumbres y sus grandes encinas indómitas, que llevan en sus brazos los ricos vástagos del bosque futuro: Han Ryner, Romain Rolland, Bertrand Russell, Andrés Latzko, Stefan Zweig, Gorki y nuestro gran padre Tolstoi, sin contar otros cien. He aquí los verdaderos maestros de la cultura europea de mañana... Un sólo hombre ha fundado el cristianismo; un hombre ha edificado el islamismo. Hoy existe toda una pléyade magnífica para apresurar la realización de nuestros sueños en el mañana triunfante de paz y fraternidad.» p. 345.

DEL HORMIGUERO PARISIENSE AL «HOMBRE-MONTAÑA»:

«...Múltiple y unitario, Rolland, por encima de la tormenta social, por encima de las olas rojas de la guerra y de la revolución, ha sabido ver los intereses permanentes de la humanidad y de los ideales que no conocen fronteras. Los ha proclamado con la sencillez y la tenacidad de los viejos profetas. «Guía de conciencias», que ha salvado la libertad de afirmación de la verdad, en tanto que la mayor parte de los «intelectuales» arrastraban su cobardía a los pies de los amos, provistos de sables y de sacos de oro, Rolland se ha convertido en la Suiza neutral en el símbolo viviente de la dignidad humana que no acepta ni la esclavitud organizada del Estado ni la mortal promiscuidad de una sociedad basada en el robo del trabajo y en el cultivo de las supersticiones.» «...Sabía que si una

sociedad injusta perece, la humanidad se libera de una carga que entorpece su evolución; si una falsa civilización se descompone, la cultura queda con sus raíces, hundiéndose en las realidades milenarias, y con sus ramas dirigidas hacia visiones que exigen forma corpórea.» «...Dar a las multitudes la confianza en el trabajo y en la fraternidad, y dar a los compañeros la fuerza que transforma la idea en hechos, tal es la esencia del heroísmo.»

«...Pocos ven en este país (Suiza) un albergue de los demiurgos y los titanes, un lugar predestinado para los superhombres y los inadaptables europeos, empujados al fondo de las torrenteras o a las cumbres de las montañas por los rebaños cuadruplicados de los turistas anglo-americanos, por las hordas elegantes de los eróticos y de los especuladores cosmopolitas. Los que indagan atentamente, hallarán aquí la huella de los pasos de los grandes solitarios, de los creadores de valores morales, literarios y científicos. ¿Tengo que mencionar a todos, comenzando al menos por Erasmo, por Rousseau y Voltaire? ¿Nombraré al tempestuoso Nietzsche, al dulce Amiel, a Wagner, a Bakunin, Lenin, a tantos otros gigantes del pensamiento y de la acción que, semejantes a Anteo, al tocar esta tierra recobraron nuevas fuerzas que les han permitido lanzarse hacia las cimas de los ideales, hacia las revoluciones espirituales o sociales? ¿Y llegaré a la convicción de que tan sólo en este país podía un Romain Rolland elevarse por encima del trágico entrevero europeo?»

«...Me introduzco en la calzada, hacia el bosque por debajo del cual se perciben algunas villas. Cruzo una pasarela por encima de un débil hilo de agua. Llegado a una encrucijada, me detengo. Pasa un grupo de muchachos con jerseys y pantalones cortos; cuerpos desgarrados, rostros curtidos por el viento, ojos azules, risa brutal. Les pregunto donde vive Romain Rolland y ellos se miran perplejos.

«—No lo conozco —responde uno de ellos, de mandíbulas prominentes, anglosajonas.

«—Pero, ¿la villa Olga?

«—¡Ah! sí, por allí...

«Comprendí por qué el solitario de Villeneuve había tenido la precaución de bosquejarme el recorrido: «Puede usted bajar del tren en Villeneuve (hay desde allí de seis a diez minutos de camino), o en Territet, tomando delante de la estación el tranvía eléctrico para Villeneuve, que lo deja en la estación Hotel Byron (ocupado ahora por un colegio inglés: Chillon College). Desde esta estación sólo tiene usted que subir una ruta muy corta hasta Byron. La Villa Olga se halla muy próxima, un poco más arriba»...

«...En lo alto de la escalera, una silueta esbelta, un poco inclinada. Y mi mano es estrechada por una mano cálida, de dedos delgados. Es tan sólo ahora, cuando nos hallamos frente a frente —yo, en un pequeño diván y él encorvado en una butaca baja—, cuando se me revela esta figura diáfana, alargada, abrasada por el fuego de una intensa vida interior. Rasgos precisos, como trazados por un febril artífice en una materia muy viva,

muy sensible y muy sufrida. El bigote escaso da sombra a una sonrisa apenas perceptible y, sin embargo, rica de sentido, como un reconocimiento y como una invitación... He permanecido como fascinado, durante algunos momentos, por esta inmensa frente mate, sobre la cual no he podido percibir arrugas de la vejez; una frente luminosa, apretada por las sienes un poco hundidas, con los surcos de las venas: pared entre dos mundos, el de las pasiones terrestres con sus horrores y sus bellezas, con sus negaciones y sus llamados, pero que son adsorvidos, transformados, creados de nuevo en el mundo interior de este pensamiento genial, combativo, infatigable... Y bajo esta frente de demiurgo, en las profundas grutas de las órbitas, he sorprendido la mirada dulce y firme, de claravidente, ese relámpago azul de acero templado de los ojos que nos penetran, que perciben nuestra verdad secreta, nuestra real humanidad y que nos hacen hablar como pensamos y confesar lo que sentimos.»

«...Rolland sonríe, prevenido:

«El mayor peligro es ser atraído y explotado por el pacifismo oficial, que tiene ocultas intenciones de carácter político...» «...He sentido bien su energía. Hay muchas inteligencias en Europa, pero muy pocas abnegaciones, decididas a ir hasta el final. Usted tiene abnegación. Tengo plena confianza en usted...»

«...Las tres primeras preguntas se referían a Europa, aislada o distinta del resto del mundo. Rolland reaccionó contra ellas:

«—Le confieso francamente que no lo sigo en ese terreno. No quiero considerar ningún grupo que se reduzca a Europa. No digo que esto no pueda ser un estado próximo de la evolución política y que no señale una etapa más avanzada que de la nación. Pero he ido más allá y no volveré atrás. Veo muy bien que el **européismo**, en la hora presente, bajo los diversos ropajes con que se disfraza (**Pan-Europa, Federación Europea, etc.**), es la máscara de un nuevo nacionalismo más peligroso, porque agrupa en conjunto mayores fuerzas e intereses más voraces, y que los arma contra el resto del mundo. Al plantearse, ya se opone. Y, por el sólo hecho de proclamarse, provoca instantáneamente la formación de dos o tres monstruosos grupos rivales: **Pan-Asia, Pan-América**, a los que no dejaré de seguir **Pan-Africa, etc.** Bajo la invocación hipócrita de la comunidad europea, éste es el llamamiento a las armas de decenas de pueblos contra mundos enemigos que Europa ha creado con sus propias manos...» «...Es un prejuicio de la vieja Europa, encerrada en su provincianismo el asegurarse el monopolio del espíritu de razón práctica, positiva y activa. En libros recientes, he demostrado que el misticismo de la India y el de Europa católica surgen de las mismas fuentes y que sus manifestaciones son casi idénticas. El racionalismo es la marcha natural del espíritu chino, y en la propia India (que en sí misma es una Europa de veinte pueblos distintos) responde a las necesidades de ciertas grandes razas. Ya no existe el muro entre los dos hemisferios del espíritu; to-

das las formas del pensamiento se internacionalizan actualmente; entre Europa, Asia y América, se hace un intercambio ininterrumpido de métodos científicos, de disciplinas y de doctrinas metafísicas o religiosas, así como de sistemas económicos sociales. Si me gustara oponer (como estaría justificado para ello) tal Instituto de indagaciones científicas como el del genial Sir J. C. Bose, de Calcuta, a los santuarios de milagros de Lourdes y de La Selette, ¿quién podría definir entonces el espíritu europeo por el positivismo y el de Asia por el misticismo? Dejemos esos falsos estandartes que, sin sospecharlo, fabrican los intelectuales para los futuros choques de ejércitos entre los continentes. El hombre es el mismo en todas partes.»

«...El mundo entero está en fusión. No vayamos a rehacer moldes a supernaciones, donde la fundición se enfríe y vuelva a formar bloques separados. Ya no debe haber una Internacional, digna de ese nombre, sino universal...» «...los juegos de los estetas y de los sofistas de la inteligencia «no aplicada» desvían los ojos de los papanatas de la arena donde se deciden los destinos de los pueblos...» «...No tiene derecho a desdeñar, en beneficio del espíritu. Si le place, individualmente, adquirir su independencia espiritual por un ascético renunciamiento, no tiene derecho a exigir ese renunciamiento de la gran masa de sus hermanos, que no pueden hallar en el espíritu los mismos recursos contra las durezas de la existencia. Ante todo, hay que pensar en disminuir la miseria... Uno de los grandes místicos de todos los tiempos, el San Francisco de Asís hindú Ramakrishna (mi santo de cabecera), ha tenido el valor de proclamar, él, amante de Dios: **«La religión no es para los vientres vacíos»**...» «...¿Por qué pretender que combatir en el presente y por los intereses de hoy, es traicionar el porvenir y los intereses permanentes de la humanidad. No es traicionarlos sino cuando se traiciona también el presente.» «...Si fuera cierto que los intelectuales fuesen, como tienen propensión a decirlo, **el cerebro con relación al resto del cuerpo** (habría que definir primero a los intelectuales y no hacer de ellos una casta de manos demasiado blancas que se opusiera a los manuales; de lo contrario, yo llamaría una «Noche del 4 de agosto» que aboliese sus privilegios y les hiciera volver a entrar en la fila de los que obran con las manos y con el espíritu), si fuera cierto, llegaría el caso de recordarles el apólogo de Menenius Agrippa: ¿qué pueden hacer esos «cerebros» sin los miembros? ¿Qué cedan en su soberbia y que consientan en trabajar con el resto del cuerpo! «...Todos los grandes movimientos sociales que usted enumera: socialismo, anarquismo, comunismo, etc., tienen, como nosotros por objetivo de acción, los mismos intereses generales de la humanidad. No difieren nada por el objetivo que es, como el nuestro, una humanidad más justa, más libre y mejor ordenada. Tan solo difieren en la táctica. Como se hallan empeñados en la acción, son llevados con la mayor frecuencia a sacrificar el fin a los medios. Es una pendiente natural en los que obran: su impulso de acción los arrastra.» «...El papel de los

jefes —precisó Rolland— es, en el ardor del movimiento, no perder nunca de vista el objetivo. Pero cuando yo digo jefes no quiero hablar tan sólo de los intelectuales de profesión. Su cualidad de «intelectual» no les asegura la de «jefe»: lo han demostrado con exceso durante la última guerra, en que han perdido la orientación de manera más completa que cualquier otra. La cualidad de jefe es un don de la naturaleza, bien administrado por la razón y por la voluntad. Este privilegio no conoce clases sociales. Es raro en todas. En todos los campos de la acción hay muy pocos jefes. **Hacen falta jefes**.... Jaurès, Lenin, Gandhi, fueron jefes. Si los «intelectuales» no se dan por satisfechos con ellos, que les opongan, no un Olimpo inaccesible donde medren ideas castradas, sino otros hombres, otros maestros de la acción que los lleven, provistos de las armas del Espíritu, hacia las cimas de lo Real. Y si lo hacen, ¿qué es esto más que una grande y sana «política?»

«La última pregunta no exigía respuesta: era demasiado afirmativa, demasiado concluyente. Rolland había dado a la palabra «política» su significado ideal (no platónico), el contenido moral y espiritual que ignoran, sin embargo, la mayor parte de los hombres políticos y no solamente las hordas inmundas de los politicastos.»

«Una hora, dos horas, pasaron tal vez. Oyóse la voz de Magdalena Rolland desde abajo. Y Romain Rolland se levantó, con la misma sonrisa inefable.» p. 357 a 372.

EDMUNDO PRIVAT, esperantista:

Romain Rolland, «el pescador de almas», había supuesto que yo no podría soportar una velada solitaria en el hotel de Montreux. Y, con ese cuidado del guía que crea relaciones entre los obreros y los fieles de la «iglesia laica», que ha surgido en torno a él en los años del diluvio rojo de 1914-1918, me había hablado también de Edmundo Privat.

... La conversación versó luego acerca del esperanto. Quise saber cómo sostiene el profesor Privat su acción lingüística.

—Existen dos razones —me dijo—. Una práctica y la otra más profunda. Vemos todos los días la dificultad que entorpece los ensayos de organización internacional: el obstáculo de las lenguas. Para avanzar, no es absolutamente precisa una sola lengua auxiliar, aprendida por todos y que sirva a los congresos y publicaciones destinadas a todos, por encima de las fronteras. El sistema actual consiste en imponer a todos los hombres preocupados por estas cosas el estudio de tres idiomas: el francés, el inglés y el alemán. Es raro que sepan bien los tres y la situación sigue complicada... No puede imponerse la lengua de un solo pueblo a los demás. El inglés, que es el más difundido, es difícil de pronunciar. Funciona mejor como lengua escrita que en el empleo oral. (Recordé en este punto la contraversia que había tenido con el doctor Kalisch en Berlín y con Lantinx en París...) Puede observarse en todos los congresos la inferioridad en que se hallan los delegados de otros países con respecto

Las multitudes y la idea de Dios

Por JUAN MINERO

La influencia de la idea de Dios en las multitudes no tienen equivalencia posible. A tal punto la religión perturba el discurrir de la vida humana, que siempre nos hallamos ante el imperativo de bucear en los arcanos de semejante idea para ver la manera de alambicar la conexión del concepto de Dios con el género humano. Descartes parte de la unidad simple y de la evidencia incontrovertible: «Puedo dudar de todo, excepto de mí mismo.» «De que existo, puesto que, **si pienso, existo.**» Luego el hombre existe en su primera persona del singular: «YO EXISTO.»

El hombre es un unidad simple en su origen. Si existe el hombre existen multitud de ellos: la humanidad. El reconocimiento explícito de la propia personalidad, autoriza el reconocimiento de la ajena. A la percepción humana se revela el hombre (el YO), en primer lugar. Inmediatamente se revela la multitud (Nosotros). Más tarde solamente el hombre discierne los factores exteriores: el mundo, los seres, los hechos. Y más tarde aún, las creencias como las hipótesis...

Afirmamos anteriormente que «la religión perturba el normal transcurso de la vida humana». El miedo por el cual esa perturbación se produce, son las ideas y las creencias, o lo que toma el lugar de tales conceptos. Las creencias se basan en conocimientos adquiridos o en premoniciones que son fruto del atavismo hereditario. Creer no es, como generalmente se acepta, expresión de una duda nacida del análisis, sino firmeza ciega de convicción aceptada sin el ejercicio del razonamiento científico-moral. Una cosa podemos afirmar: la creencia en la continuidad de la vida porque somos fruto de existencias anteriores y vemos prolongarse la existencia a través de nuestros hijos. Esa creencia es fruto, a su vez, de creencias aceptadas. Creer en lo desconocido o no comprobado, es cultivar la ligereza o la hipótesis gratuita, y dar calidad de cosa comprobada a un sueño.

LAS HUELLAS DE UN PEREGRINO...

a aquellos cuya lengua materna es oficial. Unos pueden expresarse fácilmente; los otros tienen que pensar más en no cometer faltas de lenguaje, que en expresar por completo su pensamiento. Esto es una gran pérdida de valores y una desigualdad injusta... (Págs. 378, 379, 380.)

(Continuará.)

Imaginad cuando, saliendo de casa, nos hallamos ante un niebla que limita nuestra visión a diez pasos. La angustia de lo desconocido nos hace avanzar con precaución. Observamos que los diez pasos iniciales conservan esos límites, pero haciendo aparecer a nuestra visión nuevos detalles de lo que la niebla oculta. A nuestra percepción aparecen cosas que aumentan nuestra confianza, haciéndonos reconocer nuestro camino habitual. Aun no viéndolo con antelación, creemos que, tras ese arroyo existe un camino seguro, ya que a nuestra memoria acuden semejantes hallazgos anteriores. Este «creo» es un certeza moral altamente autorizada.

No ocurre lo propio cuando el camino emprendido es nuevo para nosotros. Entonces, a las creencias suplen las hipótesis. Lo desconocido pone terrores a nuestra mente, y cada paso nos reserva incógnitas que afrontamos con desconfianza, casi con miedo. Es que cada paso que damos nos acerca a lo desconocido. Dios, la idea de Dios, se halla en ese «desconocido» que tememos. Cada paso parece acercarnos a él, mas cada paso nos evidencia que hallamos cosas naturales; y la idea de Dios, de lo desconocido y terrible, se aleja de nosotros a medida que avanzamos. Dios es un fugitivo en la noche sin estrellas ni luceros.

Nada sino nuestro miedo, que llevamos en nosotros mismos, en la ignorancia de cuanto nos es desconocido, nos autoriza a creer que lo terrible se halla más allá de nuestra vista, o de las verdades comprobadas. Luego la idea de lo terrible, el concepto de Dios, se halla en nosotros mismos, en la ignorancia de todo cuanto desconocemos. La serenidad íntima de Buda le hacía decir... «que una acción de amor puro vale más que toda la vida dedicada a hacer ofrendas a los dioses». Si cada paso, cada investigación, cada verdad comprobada, aleja de nuestra percepción Dios, es que, como el miedo, y Dios es una idea temible si se halla fuera de mí, él se halla en mí mismo, en la zona de las cosas incomprensibles. La conclusión es que el hombre avanza y Dios retrocede al mismo ritmo. Una manera elegante, como otra, de no encontrarse nunca. Dios es fruto del hombre y no viceversa. Que si algún Dios existe, él reside en el hombre mismo: en su conciencia de imperfección, en lo precario de sus convicciones. Si toda adquisición científica es un avance, tendemos a desalojar a Dios de sus dominios. En esta tierra de perseguidos, hambrientos y concenados a muer-

te, Dios no puede ocupar ningún espacio vital. De ahí que Kempis, el genio del cristianismo, sitúe a Dios tan alto que no hay manera de dialogar con él. Menos espiritual, pero más humano, Amado Nervo, encierra a Dios en el corazón del Hombre. Pero Cajal, lo buscó con persistencia y no pudo encontrarlo. De lo que se infiere que Dios huye de la ciencia como un cobarde que sólo es capaz de refugiarse en la ignorancia, o en algo peor: la cobardía y la estupidez humanas.

La evolución equivale al reconocimiento implícito de que el hombre no es perfecto, aunque camine hacia la perfección. Si hoy, un hombre determinado es superior a lo que fue ayer, y mañana observamos que lo es más aún, es que **no es** perfecto, aunque hacia la perfección encamina sus pasos. El ciclo queda abierto mientras la existencia perdure. Pero Descartes parece haber llegado a la conclusión de que la perfección sentida por el hombre no puede ser atribuida más que a un *sér* que debe ser, necesariamente, perfecto. El punto de partida de esa conclusión es que, siendo el hombre imperfecto, no es de él de donde pueden nacer las nociones de la perfección absoluta. De ahí que Dios sea esa perfección que el ser humano no encierra en sí mismo. El alma sería, pues, el vehículo de esa fuerza superior y exterior que es Dios. Analicemos el pensamiento.

Podemos aceptar a los fines de polémica, si ésta se produce, que existe un alma y que ésta es independiente del cuerpo; que el cuerpo es inerte y sólo al ser ocupado por el alma, cobra vida. Empero el alma, si «ánima» el cuerpo, si precisa de él para emitir su sentido de lo moral y perfecto, no se basta a sí misma. Vive de prestado. Carece de sentido total. El alma, como el cuerpo, poseen idéntica calidad a los fines de constituir el hombre. Este es la suma de ambos factores y no la presencia de uno de ellos, separadamente considerados. Luego quien emite la noción de la perfectibilidad es el hombre completo y no el «vehículo» de la divinidad, el cual se halla imposibilitado de hacerlo, de cualquier forma que se considere.

Son escasísimos los cuerpos simples, más en ningún caso lo es el del hombre. Sea cual sea la procedencia de cada uno de sus componentes, una vez integrados son del hombre y sólo de él, ya que concurren a mantener esa existencia en su forma conocida. Ninguna de sus partes pertenecen al cuerpo de origen, puesto que llegaron a combinarse hasta formar, crear si se quiere, el hombre. El agua está compuesta por oxígeno e hidrógeno. ¿Podría decirse que esos gases son tales, en vez de constituir un cuerpo nuevo, independiente de su naturaleza inicial, que no es gaseoso, sino líquido? Así el alma, concédasele el origen que se quiera, deja de pertenecer a éste para pasar a integrar el hombre y ser el hombre solo en la parte en que le compone. Si el hombre existe, es una unidad; si existe el alma, ésta es una parte del hombre, como lo son las diversas sustancias que en la formación de su vida concurren.

Recogiendo materiales en la cantera de las religiones, hecho que exime de toda sospecha par-

cial, sabemos que el bien y el mal han sido conocidos por el hombre al gustar el fruto del árbol de la ciencia. El pecado original carga al hombre con la responsabilidad de esos conocimientos terribles, y para mayor agobio se le dota del libre albedrío. Las Escrituras, pues, conceden al hombre la potestad de conocer por sí mismo el bien y el mal; es decir, la imperfección y la tendencia hacia la perfección. Para poder captar y discernir las consecuencias de la maldición bíblica, posee los cinco sentidos corporales a través de los cuales percibe las sensaciones dolorosas y las placenteras. El hombre lleva en sí, no solamente la noción del bien y del mal, sino asimismo, el detector de esos contrastes en cuya intersección le es permitido existir físicamente.

El hombre es un todo en sí mismo, o por el contrario, es un cuerpo inerte sin vida ni movimiento. El hombre es cuerpo y alma simultáneamente; o son cochambre inerte de un lado y fluido imponderable del otro. Las acciones del hombre son el resultado de esa aglomeración de factores, distintos en su naturaleza y coincidentes en su fin. Si albedrío es la voluntad intransferible del hombre, esa voluntad está determinada por la noción del bien y del mal. Por consecuencia, la noción de perfección como de imperfección son propiedad del hombre y en él se determinan por lo penoso o lo feliz. Esas nociones son aplicables al hombre como unidad y a la pluralidad de hombres en su expresión de sociedad humana. La noción del bien y del mal tiende hacia la imperfección o aleja de ella. Siguiendo este concepto, la perfección no es de inspiración divina: es la tendencia de esa mecánica, perfecta en sí misma, que evoluciona hacia el concepto de ese Dios que reside en el hombre exclusivamente, ya que los sucesivos estadios de esa evolución representan la tendencia eterna que va enlazada a la evolución infinita de las especies. Con razón afirmó Nietzsche por boca de Zarathustra, al contemplar éste el paisaje de la naturaleza virgen: «Dios ha muerto en la selva.»

Descartes halló un principio a su teoría, desconfiando de todo lo aparente para encontrar un punto de partida sobre el cual no fuese posible dudar. Redujo todo cuanto en derredor existía para concentrarse en aquello que descartaba toda dudar. Redujo todo cuanto en derredor existía para Descartes, no fue Dios, sino el hombre de carne y hueso, como diría Unamuno.

El hombre de Descartes era hombre íntegro. No era ni el cuerpo inerte ni el alma vaporosa: el conjunto de ambos, ya que pensaba. Descartes pensaba. Luego si el alma eventual daba esa potestad al cuerpo, es que existía ya en él; aquello de lo cual no dudó era esa conjugación y no una parte de ella. La idea de Dios se halla en el hombre y en su noción del progreso, como la del bien y del mal. Siendo el dogma quien afirma que la calidad de todopoderoso es inherente a la idea de Dios, de ninguna manera puede ser compartido ese poder con el hombre. La noción de perfección pertenece al hombre únicamente. Es suya y nadie se la puede arrebatar más que la muerte. Pero la vida sigue y

la idea está sembrada en la mente. Dios es para el ser humano lo secundario. En cierta ocasión, un grupo de periodistas norteamericanos le preguntaron a una de las mentalidades más puras de la ciencia, Albert Einstein:

—¿Qué es Dios?

Y por toda la respuesta, la personalidad en quien de manera unánime se rinde tributo al genio, al sabio y al hombre de bien, contestó preguntando:

—¿Qué es eso?

Hecho parecido ocurrió al sutil Nehru. Y el discípulo de Gandhi, dio una respuesta colosal:

—Tengo tantos problemas planteados en la India, que no me queda tiempo libre para ocuparme de esas cosas.

Dios es inferior al hombre, ya que aquél es un mito creado por éste. Dios es un estorbo para pensar y para trabajar, pues que siendo mitología no forja realidades. Hay que echar a Dios del cuerpo para tener tranquila la conciencia. «Aquí el panorama está libre y el espíritu se eleva», dice el predicador mirando al cielo. Y Federico Nietzsche responde: «Hay mientras tanto, gentes de otra especie que sosteniéndose sobre la altura ante un panorama despejado, es hacia abajo que dirigen las miradas.»

Se dice que Dios es la fe, y la fe de Pascal va más lejos cuando dice: «La historia de la Iglesia debe ser propiamente llamada la historia de la verdad.» Partiendo de la idea del gran filósofo se llega a una conclusión: La verdad es la Iglesia, luego la Iglesia es Dios. Hay que reconocer que si esto fuese así, la verdad sería la cosa más monstruosa y repugnante de la vida, puesto que el

mismo Dios se presentaría ante nuestros ojos como un poder desprovisto de entrañas, sin corazón. Por otra parte, el contradictorio y genial Unamuno, nos revela su agonía interior al no poder coger a Dios por los talones, y lleno de amargura, sentencia: «Sin fe no se puede vivir, y yo me estoy muriendo.» Tal fue la muerte de Unamuno: una muerte aterradora. Pensando, no encontró a Dios; sintiendo su sentimiento, no halló rastro ni vacío para él, al que tanto amaba y negaba... ¿Careció de fe el pensador? No; fue ante todo un hombre de fe. Y esa convicción profunda le llevó a querer con pasión acendrada al hombre hermano del hombre, no al hombre lobo de sus semejantes.

¿Negar a Dios? ¿Amarlo plenamente? Ni una cosa ni la otra. La indiferencia es la actitud más gallarda del hombre libre. Pero en fin, vamos a dudar de nuevo: ¿Hay un Dios?

Miremos el mundo que nos rodea. Si es Todopoderoso, su poder es más cruel que el de no importa qué tirano. Si es bueno, su bondad es arbitraria porque crea clases y privilegios de toda suerte. Si es misericordioso, carece de entrañas porque juega con su propia obra como un gato perverso con los ratones que no encuentran un simple agujero para salvarse. Si es leal, no puede ni debe fomentar la traición. Si es inmensamente humano, no debe destruir su humanidad. Si es divino, su obra es imperfecta y merece ser despreciado. El rebelde metafísico —afirma Camus—, no es, pues, seguramente ateo, como podría creerse, pero es forzosamente blasfemo. Sencillamente, blasfema ante todo en nombre del orden, denunciando en Dios al padre de la muerte y el supremo escándalo.

SOCARRALES

Joaquín COSTA

CUANDO el entristado viajero, al atravesar un socarral de esos que ocupan extensas llanuras de muchas provincias de nuestra Península, sin una hierba en que se fije su vista, sin una gota de agua en que apagar su sed, sin un ser viviente a quien preguntar la dirección de su camino, no puede menos de exclamar: ¡Grima y vergüenza a los españoles que sin consideración de ningún género, talan los bosques y devastan selvas, mirando a los árboles como sus peores enemigos, cuando ni podrían sin ellos existir!

¡Triste es, en verdad, la realidad!

Pero lo que es más vergonzoso todavía, lo que hace latir de coraje y da rabia al corazón, es que no se escarmienta, aunque se ve que las fuentes y los arroyos se secan donde hubo un bosque; que las nubes pasan por encima sin derramar una sola gota de líquido; que los rayos abrasadores de la ardiente canícula calcinan y hienden la tierra, que sedienta se abre por doquier; que los vientos se ensañan sin estorbo alguno, y que las plantas más resistentes a las sequías acaban de perecer o arrastran una vida raquítica y miserable; al jolgorio de los ruiseñores que anidaban en el bosque, ha remplazado el silbido fatídico de la serpiente; al murmullo de la cascada, ha sucedido el graznido de cuervo; a la brisa fresca y suave que mecía los árboles, ha sustituido el furioso huracán que arrastra en polvo la abrasada tierra; al balido de la oveja y al canto del segador, ha seguido la soledad terrible, cual si hubiera caído el anatema y la maldición.

Ante cuadro tan triste, la población huye y escapa, abriendo paso a un viajero fatídico y terrible, ¡EL HAMBRE!, si la miseria se enseñoorea de aquel país que antes era un vergel, y que por la ojeriza infundada de los agricultores y de otros que no son agricultores, contra los árboles, ha quedado convertido en un erial estéril.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Pie para el Niño de Vallecas de Velázquez

por LEON FELIPE

De aquí no se va nadie.
Mientras esta cabeza rota
del Niño de Vallecas exista
de aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.
Antes hay que deshacer este entuerto,
antes hay que resolver este enigma.
Y hay que resolverlo entre todos,
y hay que resolverlo sin cobardía,
sin huir
con unas alas de percalina
o haciendo un agujero
en la tarima.
De aquí no se ve nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.
Y es inútil,
inútil toda huida
(ni por abajo
ni por arriba).
Se vuelve siempre. Siempre.
Hasta que un día (¡un buen día!)
el yelmo de Mambrino
—halo ya, no yelmo ni bacía—
se acomode a las sienes de Sancho
y a las tuyas y a las mías
como pintiparado,
como hecho a la medida.
Entonces nos iremos todos
por las bambalinas.
Tú y yo y Sancho y el Niño de Vallecas
y el místico y el suicida.
¡Qué pena si este camino fuera de muchísimas le-
y siempre se repitieran [guas
los mismos pueblos, las mismas ventanas,
los mismos rebaños, las mismas recuas!
¡Qué pena si esta vida tuviera
—esta vida nuestra—
mil años de existencia!
¿Quién la haría hasta el fin llevadera?
¿Quién la soportaría toda sin protesta?
¿Quién lee diez siglos de la historia y no la cierra
al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?
Los mismos hombres, las mismas guerras,
los mismos tiranos, las mismas cadenas,
los mismos farsantes, las mismas sectas
¡y los mismos, los mismos poetas!
¡Qué pena
que sea así todo siempre, siempre de la misma
[manera!

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

¡Ay de los vencidos!, Bazal	12,00 F	Cómo se forma una inteligencia	0,60 »
Carmen, Merimée	2,00 »	Corazones del norte, Pinkeston	3,00 »
Castillo de los Cárpatos, Verne	2,00 »	Conjuración de Catilina (La)	4,50 »
Capricho (Un), Verne	2,00 »	Cartas a un escéptico, Balmes	4,00 »
Carta municipal, Alaiz	0,70 »	Casa de vapor, Verne	4,00 »
Cautivo de Argel, Enderiz	0,80 »	Campo francés, Max Aub	18,00 »
Castillo del Caudillo	1,50 »	Cheri-Bibi, Leroux	2,00 »
Cartas de amor, arte y desconsuelo	2,00 »	Clases sociales en el Uruguay, C. Rama	15,00 »
Cartero del rey, Tagore	2,50 »	Comunismo libertario, Puente	1,00 »
Cantos de esperanza	0,50 »	Conceptos sobre el amor, Tosquellas	2,00 »
Cansancio (El), Alas	2,50 »	Conversaciones libertarias, J. Ferrer	1,50 »
Candelabro encerrado	2,50 »	Cómo se hace el pan	1,00 »
Cantos de la resistencia	6,00 »	Conquista de la felicidad, Rusell	3,50 »
Cartas a Carbó, García Pradas	1,00 »	Cristianismo y comunismo	3,50 »
Cartas de un corazón angustiado	2,00 »	Contrabandista, Baum	7,00 »
Campaña del Maestrazgo (La), Galdós	2,50 »	Crítica de la razón pura, Kant	3,30 »
Caminante (El)	4,00 »	Criterio de Balmes	4,50 »
Camaradas errantes	4,50 »	Concepto confederal del comunismo	1,00 »
Camino ancho (El)	8,50 »	Cumbre mística, R. León	2,50 »
Cantera (La)	2,50 »	Cartas a un joven	3,50 »
Calvario (El), Castelnuevo	3,50 »	El villano en su rincón y Las bizarrerías de Belisa, un vol., por Lope de Vega	7,50 »
Campana de Nagashaki	3,00 »	Canciones y decires, Santillana	7,50 »
Cartas a su hijo, Chertefields	6,00 »	Zalacaín el aventurero, Baroja	3,50 »
Campana que no ardió, Hall	5,00 »	Héroe y el discreto, Gracián	3,50 »
Cartas de prisión, Toller	4,00 »	Notas, Ortega y Gasset	3,50 »
Cartas sobre existencialismo, Salas	4,00 »	Cuentos de México antiguo, A. Valle	3,50 »
Carreta (La), Traven	5,00 »	Rimas y leyendas, Bécquer	3,50 »
Carne y espíritu, Meersch	5,00 »	Carlos de Europa, Lewis	4,50 »
Cartas desde mi molino, Daudet	4,00 »	La perfecta casada, Fr. Luis de León	3,50 »
Canción de gesta, Montseny	0,50 »	Novelas ejemplares, Cervantes	4,50 »
Cifra y prueba, Alaiz	0,50 »	Cultura femenina, Simmel	3,50 »
Celestina (La), Rojas	2,50 »	Lecturas españolas, Azorín	3,50 »
Cien días de la vida	1,50 »	Martín Fierro, Hernández	3,50 »
Ciencia y filosofía	6,00 »	Fermina Márquez, Valery Larbaud	3,50 »
Cielo y tú, Field	4,50 »	Familia de Alvareda, F. Caballero	3,50 »
Ciencia y conciencia	6,00 »	Rey Lear, Shakespeare	3,50 »
Ciudad flotante, Verne	2,00 »	Romances, Duque de Rivas	4,50 »
Capitalismo, democracia y socialismo	1,50 »	Romances de América, R. Menéndez	3,50 »
Cosecha (La)	2,00 »	Trasuntos de España, Azorín	3,50 »
Contrato social (El)	2,50 »	Poema de El Cid, Anónimo	4,50 »
Conde Lucanar (El)	2,00 »	Tradiciones peruanas, R. Palma	3,50 »
Congreso de Zaragoza	2,50 »	Don Quijote y Sancho	4,30 »
Contrarrevolución etatista, Ernestan	2,00 »	Estudios literarios, Menéndez	4,00 »
Costas de la península Ibérica, Alaiz	0,50 »	Fermin Salvochea, Rocker	0,50 »
Colectivismo (El), Mella	0,50 »	El grillo del hogar, Dickens	3,50 »
Cómo educar a los hijos	0,50 »	Hamlet, Shakespeare	3,50 »
Conflictos entre la religión y la ciencia (conclusión)	0,50 »	Hernán Cortés, Babelón	3,50 »
Cómo se educa un carácter, Dr. Toulouse	0,60 »	Historia de la vida del Buscón	3,50 »
Congreso de Barcelona 1918 de C.N.T.	2,50 »	Los intereses creados, Benavente	3,50 »
Conferencia intercontinental 1947	2,50 »	Isla del tesoro, Stevenson	3,50 »
Cómo el Estado gasta el dinero, Sebasti	7,00 »	Juana la Loca, Picard	3,50 »
Concepciones de la sexualidad, Allendy	0,60 »		

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)